

Henry James
Daisy Miller

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DAISY MILLER

HENRY JAMES

**PUBLICADO: 1879
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PRIMERA PARTE

En la pequeña ciudad de Vevay, en Suiza, hay un hotel especialmente confortable. Hay, de hecho, muchos hoteles; pues el entretenimiento de los turistas es el negocio del lugar, que, como muchos viajeros recordarán, está asentado a orillas de un lago notablemente azul, un lago que todo turista tiene el deber de visitar. La orilla del lago presenta una hilera ininterrumpida de establecimientos de esta índole, de toda categoría, desde el «grand hotel» de última moda, con una fachada blanca como la tiza, un centenar de balcones y una docena de banderas ondeando en su tejado, hasta la pequeña *pen-sión* suiza de antaño, con su nombre inscrito en letras de aspecto alemán sobre una pared rosa o amarilla, y un desgarrado cenador en el ángulo del jardín. Uno de los hoteles de Vevay, sin embargo, es famoso, incluso clásico, distinguiéndose de muchos de sus vecinos advenedizos por un aire de lujo y madurez a la vez. En esta región, en el mes de junio, los viajeros americanos son extremadamente numerosos; podría decirse, de hecho, que Vevay asume en este período algunas de las características de un lugar de veraneo americano. Hay vistas y sonidos que evocan una visión, un eco, de Newport y Saratoga. Un ir y venir de jovencitas «elegantes», un susurro de volantes de muselina, un repiqueteo de música de baile en las horas matutinas, un sonido de voces agudas a todas horas. Uno recibe la impresión de estas cosas en la excelente posada de las «Trois Couronnes», y se transporta en la imaginación al Ocean House o al Congress Hall. Pero en las «Trois Couronnes», hay que añadir, existen otros rasgos que discrepan mucho de estas sugerencias: pulcros camareros alemanes, con aspecto de secretarios de legación; princesas rusas sentadas en el jardín; niños polacos paseando, llevados

de la mano, con sus preceptores; una vista de la soleada cresta del Dent du Midi y las pintorescas torres del castillo de Chillón.

Apenas sé si eran las analogías o las diferencias lo que predominaba en la mente de un joven americano, quien, dos o tres años atrás, estaba sentado en el jardín de las «Trois Couronnes», mirando a su alrededor, con bastante indolencia, algunos de los elegantes objetos que he mencionado. Era una hermosa mañana de verano, y de cualquier modo que el joven americano mirase las cosas, debieron parecerle encantadoras. Había llegado de Ginebra el día anterior en el pequeño vapor, para ver a su tía, que se alojaba en el hotel —siendo Ginebra desde hacía mucho tiempo su lugar de residencia—. Pero su tía padecía de dolor de cabeza —su tía padecía casi siempre de dolor de cabeza— y ahora estaba encerrada en su habitación, oliendo alcanfor, de modo que tenía libertad para deambular. Tendría unos veintisiete años; cuando sus amigos hablaban de él, solían decir que estaba en Ginebra «estudiando». Cuando sus enemigos hablaban de él, decían... pero, después de todo, no tenía enemigos; era un tipo extremadamente afable y apreciado por todos. Lo que yo diría es, sencillamente, que cuando ciertas personas hablaban de él afirmaban que la razón de que pasara tanto tiempo en Ginebra era que estaba extremadamente consagrado a una dama que vivía allí —una dama extranjera—, una persona mayor que él. Muy pocos americanos —de hecho, creo que ninguno— habían visto jamás a esta dama, sobre la cual corrían algunas historias singulares. Pero Winterbourne sentía un antiguo apego por la pequeña metrópoli del calvinismo; lo habían enviado allí a la escuela de niño, y después había ido allí a la universidad —circunstancias que lo habían llevado a forjar una gran cantidad de amistades juveniles—. Muchas de estas las había conservado, y eran una fuente de gran satisfacción para él.

Después de llamar a la puerta de su tía y enterarse de que estaba indispuesta, había dado un paseo por la ciudad, y luego había entrado a desayunar. Ya había terminado su desayuno; pero estaba bebiendo una pequeña taza de café, que le había sido servida en una mesita en el jardín por uno de los camareros que parecían un *agregado*. Finalmente, terminó su café y encendió un cigarrillo. Al poco rato, un niño pequeño se acercó caminando por el sendero —un mocoso de nueve o diez años—. El niño, que era pequeño para su edad, tenía una expresión avejentada en el semblante, tez pálida y facciones menudas y afiladas. Iba vestido con pantalones bombachos

y medias rojas que dejaban ver sus pobres zancas de alambre; llevaba también una brillante *corbata* roja. Portaba en la mano un largo bastón alpino, cuya afilada punta clavaba en todo lo que encontraba a su paso: los macizos de flores, los bancos del jardín, las colas de los vestidos de las damas. Delante de Winterbourne se detuvo, mirándolo con un par de ojos pequeños, brillantes y penetrantes.

—¿Me da un terrón de azúcar? —preguntó, con una vocecilla aguda y dura; una voz inmadura y, sin embargo, de algún modo, no joven.

Winterbourne miró la mesita cercana, sobre la que descansaba su servicio de café, y vio que quedaban varios trozos de azúcar.

—Sí, puedes coger uno —respondió—. Pero no creo que el azúcar sea bueno para los niños pequeños.

Este niño pequeño se adelantó y seleccionó cuidadosamente tres de los codiciados fragmentos, dos de los cuales enterró en el bolsillo de sus bombachos, depositando el otro con igual presteza en otro lugar. Hincó su bastón alpino, a modo de lanza, en el banco de Winterbourne, e intentó romper el terrón de azúcar con los dientes.

—¡Oh, demonios, qué du-u-uro! —exclamó, pronunciando el adjetivo de una manera peculiar.

Winterbourne había percibido inmediatamente que podría tener el honor de reconocerlo como compatriota.

—Ten cuidado de no hacerte daño en los dientes —dijo paternalmente.

—No tengo dientes que puedan dolerme. Se me han caído todos. Solo tengo siete dientes. Mi madre los contó anoche, y justo después se me cayó otro. Dijo que me daría una bofetada si se me caían más. No puedo evitarlo. Es esta vieja Europa. Es el clima lo que hace que se caigan. En América no se me caían. Son estos hoteles.

A Winterbourne le hizo mucha gracia.

—Si te comes tres terrones de azúcar, seguro que tu madre te da una bofetada —dijo.

—Entonces tendrá que darme caramelos —replicó su joven interlocutor—. Aquí no consigo caramelos, caramelos americanos. Los caramelos ame-

ricanos son los mejores.

—¿Y los niños americanos son los mejores niños? —preguntó Winterbourne.

—No lo sé. Yo soy un niño americano —dijo el crío.

—¡Ya veo que eres de los mejores! —rio Winterbourne.

—¿Es usted un hombre americano? —prosiguió el vivaz infante. Y luego, ante la respuesta afirmativa de Winterbourne—: Los hombres americanos son los mejores —declaró.

Su compañero le agradeció el cumplido; y el niño, que ahora se había montado a horcajadas sobre su bastón alpino, permanecía mirando a su alrededor, mientras atacaba un segundo terrón de azúcar. Winterbourne se preguntó si él mismo habría sido así en su infancia, pues lo habían traído a Europa más o menos a esa edad.

—¡Ahí viene mi hermana! —gritó el niño, al momento—. Es una chica americana.

Winterbourne miró a lo largo del sendero y vio avanzar a una hermosa joven.

—Las chicas americanas son las mejores chicas —dijo alegremente a su joven compañero.

—¡Mi hermana no es la mejor! —declaró el niño—. Siempre me está fastidiando.

—Imagino que es culpa tuya, no de ella —dijo Winterbourne. Entretanto, la joven se había acercado. Iba vestida de muselina blanca, con cien volantes y adornos, y lazos de cinta de color pálido. Llevaba la cabeza descubierta; pero sostenía en equilibrio en la mano una gran sombrilla, con un ancho borde bordado; y era llamativa, admirablemente bonita. «¡Qué bonitas son!», pensó Winterbourne, enderezándose en su asiento, como si estuviera preparado para levantarse.

La joven se detuvo frente a su banco, cerca del parapeto del jardín, que daba al lago. El niño había convertido ahora su bastón alpino en una pértiga de saltar, con cuya ayuda brincaba sobre la grava, levantándola no poco.

—Randolph —dijo la joven—, ¿qué *estás* haciendo?

—Estoy subiendo los Alpes —replicó Randolph—. ¡Así se hace! —Y dio otro saltito, esparciendo los guijarros alrededor de las orejas de Winterbourne.

—Así es como bajan —dijo Winterbourne.

—¡Es un hombre americano! —gritó Randolph, con su vocecilla dura.

La joven no prestó atención a este anuncio, sino que miró directamente a su hermano.

—Bueno, supongo que será mejor que te estés quieto —observó simplemente.

A Winterbourne le pareció que, en cierto modo, había sido presentado. Se levantó y se dirigió lentamente hacia la joven, arrojando su cigarrillo.

—Este niño y yo hemos trabado conocimiento —dijo, con gran cortesía. En Ginebra, como él sabía perfectamente, un joven no tenía libertad para hablar con una joven soltera salvo bajo ciertas condiciones que rara vez se daban; pero aquí en Vevay, ¿qué condiciones podían ser mejores que estas?: una guapa joven americana que viene y se para frente a ti en un jardín. Esta guapa joven americana, sin embargo, al oír la observación de Winterbourne, simplemente lo miró; luego volvió la cabeza y miró por encima del parapeto, al lago y a las montañas de enfrente. Él se preguntó si había ido demasiado lejos; pero decidió que debía avanzar más, en lugar de retroceder. Mientras pensaba en algo más que decir, la joven se volvió de nuevo hacia el niño.

—Me gustaría saber de dónde has sacado esa pértiga —dijo ella.

—La compré —respondió Randolph.

—¿No irás a decir que te la vas a llevar a Italia?

—Sí, me la voy a llevar a Italia —declaró el niño.

La joven se miró el delantero del vestido y se alisó uno o dos lazos de cinta. Luego posó de nuevo los ojos en el paisaje.

—Bueno, supongo que será mejor que la dejes en alguna parte —dijo, después de un momento.

—¿Van ustedes a Italia? —inquirió Winterbourne, con tono de gran respeto.

La joven lo miró de nuevo.

—Sí, señor —respondió. Y no dijo nada más.

—¿Van... a... cruzar el Simplón? —prosiguió Winterbourne, un poco desconcertado.

—No lo sé —dijo ella—. Supongo que es alguna montaña. Randolph, ¿qué montaña vamos a cruzar?

—¿Ir adónde? —demandó el niño.

—A Italia —explicó Winterbourne.

—No lo sé —dijo Randolph—. No quiero ir a Italia. Quiero ir a América.

—¡Oh, Italia es un lugar hermoso! —replicó el joven.

—¿Se pueden conseguir caramelos allí? —inquirió Randolph en voz alta.

—Espero que no —dijo su hermana—. Supongo que ya has comido suficientes caramelos, y mamá también lo piensa.

—¡Hace muchísimo que no como, desde hace cien semanas! —gritó el niño, sin dejar de saltar.

La joven inspeccionó sus volantes y volvió a alisarse las cintas; y Winterbourne se arriesgó al poco a hacer una observación sobre la belleza del paisaje. Empezaba a dejar de estar desconcertado, pues había comenzado a percibir que ella no estaba en absoluto desconcertada. No se había producido la más mínima alteración en su encantadora tez; evidentemente no estaba ni ofendida ni alterada. Si miraba hacia otro lado cuando él le hablaba, y parecía no oírle especialmente, esto era simplemente su costumbre, su manera de ser. Sin embargo, a medida que él hablaba un poco más, y señalaba algunos de los objetos de interés en la vista, con los que ella parecía bastante poco familiarizada, gradualmente le concedió más el beneficio de su mirada; y entonces él vio que esta mirada era perfectamente directa y firme. No era, sin embargo, lo que se habría llamado una mirada impúdica, pues los ojos de la joven eran singularmente honestos y frescos. Eran unos ojos maravillosamente bonitos; y, de hecho, Winterbourne hacía mucho tiempo que no veía nada más bonito que los diversos rasgos de su hermosa compa-

triotas: su tez, su nariz, sus orejas, sus dientes. Tenía un gran gusto por la belleza femenina; era adicto a observarla y analizarla; y en lo que respecta al rostro de esta joven, hizo varias observaciones. No era en absoluto insípido, pero tampoco era exactamente expresivo; y aunque era eminentemente delicado, Winterbourne lo acusó mentalmente —con mucha indulgencia— de una falta de acabado. Pensó que era muy posible que la hermana de Randolph fuese una coqueta; estaba seguro de que tenía un espíritu propio; pero en su pequeño rostro brillante, dulce y superficial no había burla ni ironía. Al poco tiempo se hizo evidente que estaba muy dispuesta a la conversación. Le dijo que iban a Roma para pasar el invierno —ella, su madre y Randolph—. Le preguntó si era un «americano de verdad»; no lo habría tomado por tal; parecía más bien alemán —esto lo dijo después de una pequeña vacilación—, especialmente cuando hablaba. Winterbourne, riendo, respondió que había conocido alemanes que hablaban como americanos; pero que no había conocido, hasta donde recordaba, a ningún americano que hablara como un alemán. Luego le preguntó si no estaría más cómoda sentada en el banco que él acababa de abandonar. Ella respondió que le gustaba estar de pie y caminar; pero al poco rato se sentó. Le dijo que era del estado de Nueva York —«si sabe usted dónde está eso»—. Winterbourne aprendió más sobre ella agarrando a su pequeño y escurridizo hermano, y haciéndolo permanecer unos minutos a su lado.

—Dime tu nombre, muchacho —dijo él.

—Randolph C. Miller —dijo el niño bruscamente—. Y le diré el nombre de ella —y apuntó con su bastón alpino a su hermana.

—¡Más te valdría esperar a que te pregunten! —dijo esta joven con calma.

—Me gustaría mucho saber su nombre —dijo Winterbourne.

—¡Se llama Daisy Miller! —gritó el niño—. Pero ese no es su nombre de verdad; ese no es el nombre que aparece en sus tarjetas.

—¡Es una lástima que no tenga una de mis tarjetas! —dijo la señorita Miller.

—Su verdadero nombre es Annie P. Miller —continuó el niño.

—Pregúntale *su* nombre —dijo su hermana, señalando a Winterbourne.

Pero sobre este punto Randolph parecía perfectamente indiferente; continuó suministrando información con respecto a su propia familia.

—El nombre de mi padre es Ezra B. Miller —anunció—. Mi padre no está en Europa; mi padre está en un sitio mejor que Europa.

Winterbourne imaginó por un momento que esta era la manera en que le habían enseñado al niño a insinuar que el señor Miller había sido trasladado a la esfera de las recompensas celestiales. Pero Randolph añadió inmediatamente:

—Mi padre está en Schenectady. Tiene un gran negocio. ¡Puede apostar a que mi padre es rico!

—¡Bueno! —exclamó la señorita Miller, bajando su sombrilla y mirando el borde bordado. Winterbourne soltó al poco al niño, que se marchó, arrastrando su bastón alpino por el sendero.

—No le gusta Europa —dijo la joven—. Quiere volver.

—¿A Schenectady, quiere decir?

—Sí; quiere irse directamente a casa. Aquí no tiene amigos. Hay un niño aquí, pero siempre va con un profesor; no le dejan jugar.

—¿Y su hermano no tiene profesor? —inquirió Winterbourne.

—Mamá pensó en conseguirle uno, para que viajara con nosotros. Hubo una señora que le habló de un profesor muy bueno; una señora americana —quizá la conozca—, la señora Sanders. Creo que era de Boston. Le habló de este profesor, y pensamos en contratarlo para que viajara con nosotros. Pero Randolph dijo que no quería un profesor viajando con nosotros. Dijo que no recibiría lecciones cuando estuviera en los trenes. Y *estamos* en los trenes aproximadamente la mitad del tiempo. Había una señora inglesa que conocimos en los trenes... creo que se llamaba señorita Featherstone; quizá la conozca. Quería saber por qué no le daba lecciones a Randolph... darle «instrucción», como ella lo llamaba. Supongo que él podría darme más instrucción a mí que yo a él. Es muy listo.

—Sí —dijo Winterbourne—; parece muy listo.

—Mamá va a conseguirle un profesor en cuanto lleguemos a Italia. ¿Se pueden conseguir buenos profesores en Italia?

—Muy buenos, diría yo —dijo Winterbourne.

—O si no, va a encontrar alguna escuela. Debería aprender algo más. Solo tiene nueve años. Va a ir a la universidad. —Y de esta manera, la señorita Miller continuó conversando sobre los asuntos de su familia y sobre otros temas. Estaba sentada allí, con sus manos extremadamente bonitas, adornadas con anillos muy brillantes, cruzadas en el regazo, y con sus bonitos ojos ora descansando en los de Winterbourne, ora vagando por el jardín, la gente que pasaba y la hermosa vista. Hablaba con Winterbourne como si lo conociera desde hacía mucho tiempo. A él le resultó muy agradable. Hacía muchos años que no oía hablar tanto a una joven. Podría haberse dicho de esta desconocida joven, que había venido y se había sentado a su lado en un banco, que parloteaba. Estaba muy tranquila; sentada en una actitud encantadora y serena, pero sus labios y sus ojos se movían constantemente. Tenía una voz suave, delgada y agradable, y su tono era decididamente sociable. Le dio a Winterbourne un historial de sus movimientos e intenciones, y los de su madre y su hermano, en Europa, y enumeró, en particular, los diversos hoteles en los que se habían alojado.

—Esa señora inglesa de los trenes —dijo—, la señorita Featherstone, me preguntó si en América no vivíamos todos en hoteles. Le dije que nunca en mi vida había estado en tantos hoteles como desde que llegué a Europa. Nunca he visto tantos... no son más que hoteles. —Pero la señorita Miller no hizo esta observación con acento quejumbroso; parecía estar de muy buen humor con todo. Declaró que los hoteles eran muy buenos, una vez que te acostumbrabas a sus costumbres, y que Europa era perfectamente encantadora. No estaba decepcionada, ni un ápice. Quizá era porque había oído hablar mucho de ello antes. Tenía muchísimos amigos íntimos que habían estado allí muchísimas veces. Y además, había tenido muchísimos vestidos y cosas de París. Cada vez que se ponía un vestido de París, se sentía como si estuviera en Europa.

—Era una especie de gorro de los deseos —dijo Winterbourne.

—Sí —dijo la señorita Miller, sin examinar esta analogía—; siempre me hacía desear estar aquí. Pero no necesitaba haberlo hecho por los vestidos. Estoy segura de que envían todos los bonitos a América; aquí se ven las cosas más espantosas. Lo único que no me gusta —prosiguió— es la sociedad. No hay sociedad; o, si la hay, no sé dónde se esconde. ¿Usted sí? Su-

pongo que habrá alguna sociedad en alguna parte, pero no he visto nada de ella. Me gusta mucho la sociedad, y siempre he tenido mucha. No me refiero solo a Schenectady, sino a Nueva York. Solía ir a Nueva York todos los inviernos. En Nueva York tenía muchísima sociedad. El invierno pasado me ofrecieron diecisiete cenas; y tres de ellas fueron ofrecidas por caballeros —añadió Daisy Miller—. Tengo más amigos en Nueva York que en Schenectady... más amigos caballeros; y también más amigas jóvenes —reanudó al momento. Hizo una nueva pausa por un instante; estaba mirando a Winterbourne con toda su belleza en sus ojos vivaces y en su sonrisa ligera y ligeramente monótona—. Siempre he tenido —dijo— mucha compañía de caballeros.

El pobre Winterbourne estaba divertido, perplejo y decididamente encantado. Nunca hasta entonces había oído a una joven expresarse de esa manera; nunca, al menos, salvo en casos en los que decir tales cosas parecía una especie de prueba demostrativa de cierta laxitud en el comportamiento. Y sin embargo, ¿debía acusar a la señorita Daisy Miller de *inconduite* real o potencial, como decían en Ginebra? Sentía que había vivido tanto tiempo en Ginebra que había perdido mucho; se había desacostumbrado al tono americano. Nunca, de hecho, desde que había crecido lo suficiente como para apreciar las cosas, se había encontrado con una joven americana de un tipo tan pronunciado como esta. Ciertamente era muy encantadora, ¡pero qué endemoniadamente sociable! ¿Era simplemente una chica bonita del estado de Nueva York? ¿Eran todas así, las chicas bonitas que tenían mucha compañía de caballeros? ¿O era también una joven calculadora, audaz y sin escrúpulos? Winterbourne había perdido su instinto en este asunto, y su razón no podía ayudarle. La señorita Daisy Miller parecía extremadamente inocente. Algunas personas le habían dicho que, después de todo, las jóvenes americanas eran sumamente inocentes; y otros le habían dicho que, después de todo, no lo eran. Se inclinaba a pensar que la señorita Daisy Miller era una coqueta, una guapa coqueta americana. Nunca, hasta entonces, había tenido relaciones con jóvenes de esta categoría. Había conocido, aquí en Europa, a dos o tres mujeres —personas mayores que la señorita Daisy Miller, y provistas, por respetabilidad, de maridos— que eran grandes coquetas: mujeres peligrosas, terribles, con las que las relaciones de uno podían tomar un cariz serio. Pero esta joven no era una coqueta en ese sentido; era muy poco sofisticada; era solo una guapa coqueta americana. Winterbourne estaba casi agradecido por haber encontrado la fórmula que se aplicaba a la

señorita Daisy Miller. Se recostó en su asiento; se dijo a sí mismo que tenía la nariz más encantadora que jamás había visto; se preguntó cuáles serían las condiciones y limitaciones habituales del trato con una guapa coqueta americana. Al poco tiempo se hizo evidente que estaba en camino de aprenderlas.

—¿Ha estado en ese viejo castillo? —preguntó la joven, señalando con su sombrilla las lejanas y brillantes murallas del Château de Chillon.

—Sí, antiguamente, más de una vez —dijo Winterbourne—. Usted también, supongo, ¿lo ha visto?

—No; no hemos estado allí. Deseo ir allí terriblemente. Por supuesto que pienso ir. No me iría de aquí sin haber visto ese viejo castillo.

—Es una excursión muy bonita —dijo Winterbourne—, y muy fácil de hacer. Puede ir en coche, ya sabe, o puede ir en el pequeño vapor.

—Se puede ir en tren —dijo la señorita Miller.

—Sí; se puede ir en tren —asintió Winterbourne.

—Nuestro mensajero dice que te llevan directamente al castillo —continuó la joven—. Íbamos a ir la semana pasada; pero mi madre se rindió. Sufre terriblemente de dispepsia. Dijo que no podía ir. Randolph tampoco quiso ir; dice que no le importan mucho los castillos viejos. Pero supongo que iremos esta semana, si conseguimos convencer a Randolph.

—¿A su hermano no le interesan los monumentos antiguos? —inquirió Winterbourne, sonriendo.

—Dice que no le importan mucho los castillos viejos. Solo tiene nueve años. Quiere quedarse en el hotel. Mamá tiene miedo de dejarlo solo, y el mensajero no se quedará con él; así que no hemos ido a muchos sitios. Pero sería una lástima que no subiéramos allí. —Y la señorita Miller volvió a señalar el Château de Chillon.

—Creo que podría arreglarse —dijo Winterbourne—. ¿No podría conseguir a alguien que se quedara por la tarde con Randolph?

La señorita Miller lo miró un momento, y luego, muy plácidamente:

—¡Ojalá usted se quedara con él! —dijo ella.

Winterbourne vaciló un momento.

—Preferiría mucho más ir a Chillón con usted.

—¿Connigo? —preguntó la joven, con la misma placidez.

No se levantó, sonrojándose, como lo habría hecho una joven de Ginebra; y sin embargo Winterbourne, consciente de que había sido muy osado, pensó que era posible que estuviera ofendida.

—Con su madre —respondió muy respetuosamente.

Pero parecía que tanto su audacia como su respeto se perdían en la señorita Daisy Miller.

—Supongo que mi madre no irá, después de todo —dijo ella—. No le gusta pasear por la tarde. Pero, ¿de verdad decía lo que acaba de decir... que le gustaría subir allí?

—Con toda sinceridad —declaró Winterbourne.

—Entonces podemos arreglarlo. Si madre se queda con Randolph, supongo que Eugenio lo hará.

—¿Eugenio? —inquirió el joven.

—Eugenio es nuestro mensajero. No le gusta quedarse con Randolph; es el hombre más quisquilloso que he visto en mi vida. Pero es un mensajero espléndido. Supongo que se quedará en casa con Randolph si madre lo hace, y entonces podremos ir al castillo.

Winterbourne reflexionó un instante con la mayor lucidez posible: «nosotros» solo podía significar la señorita Daisy Miller y él mismo. Este programa parecía casi demasiado agradable para ser creíble; sentía como si debiera besar la mano de la joven. Posiblemente lo habría hecho, y habría echado a perder por completo el proyecto; pero en ese momento apareció otra persona, presumiblemente Eugenio. Un hombre alto y apuesto, con magníficas patillas, que vestía una levita de terciopelo y una brillante cadena de reloj, se acercó a la señorita Miller, mirando fijamente a su acompañante.

—¡Oh, Eugenio! —dijo la señorita Miller, con el acento más amigable.

Eugenio había mirado a Winterbourne de pies a cabeza; ahora se inclinó gravemente ante la joven.

—Tengo el honor de informar a mademoiselle que el almuerzo está servido.

La señorita Miller se levantó lentamente.

—¡Mira, Eugenio! —dijo—; de todas formas, voy a ir a ese viejo castillo.

—¿Al Château de Chillon, *mademoiselle*? —inquirió el mensajero—. ¿Ha hecho *mademoiselle* los arreglos pertinentes? —añadió, en un tono que a Winterbourne le pareció muy impertinente.

El tono de Eugenio pareció arrojar, incluso para la propia percepción de la señorita Miller, una luz ligeramente irónica sobre la situación de la joven. Se volvió hacia Winterbourne, sonrojándose un poco, muy poco.

—¿No se echará atrás? —dijo ella.

—¡No seré feliz hasta que vayamos! —protestó él.

—¿Y se aloja usted en este hotel? —continuó ella—. ¿Y es usted realmente americano?

El mensajero permaneció mirando a Winterbourne de forma ofensiva. Al joven, al menos, le pareció que su manera de mirar era una ofensa para la señorita Miller; transmitía la imputación de que ella «recogía» conocidos.

—Tendré el honor de presentarle a una persona que le contará todo sobre mí —dijo, sonriendo, y refiriéndose a su tía.

—Oh, bueno, iremos algún día —dijo la señorita Miller. Y le dedicó una sonrisa y se alejó. Levantó su sombrilla y caminó de regreso a la posada junto a Eugenio. Winterbourne se quedó mirándola; y mientras ella se alejaba, arrastrando sus adornos de muselina sobre la grava, se dijo a sí mismo que tenía el *tournure* de una princesa.

Había, sin embargo, prometido hacer más de lo que resultó factible, al comprometerse a presentar a su tía, la señora Costello, a la señorita Daisy Miller. Tan pronto como la primera dama se recuperó de su dolor de cabeza, él la visitó en su apartamento; y, después de las debidas preguntas sobre su salud, le preguntó si había observado en el hotel a una familia americana: una mamá, una hija y un niño pequeño.

—¿Y un mensajero? —dijo la señora Costello—. Oh, sí, los he observado. Los he visto, los he oído... y me he mantenido alejada de ellos. —La

señora Costello era una viuda con fortuna; una persona de mucha distinción, que frecuentemente insinuaba que, si no fuera tan terriblemente propensa a las jaquecas, probablemente habría dejado una huella más profunda en su tiempo. Tenía un rostro largo y pálido, una nariz aguileña y una gran cantidad de cabello blanco muy llamativo, que llevaba en grandes bucles y *rulós* sobre la coronilla. Tenía dos hijos casados en Nueva York, y otro que ahora estaba en Europa. Este joven se divertía en Hombourg; y, aunque estaba de viaje, rara vez se le veía visitar una ciudad en particular en el momento elegido por su madre para su propia aparición allí. Su sobrino, que había subido a Vevay expresamente para verla, era por lo tanto más atento que aquellos que, como ella decía, estaban más cerca de ella. Había absorbido en Ginebra la idea de que uno *siempre* debe ser atento con su tía. La señora Costello no lo había visto en muchos años, y estaba muy complacida con él, manifestando su aprobación iniciándolo en muchos de los secretos de esa influencia social que, según le dio a entender, ejercía en la capital americana. Admitió que era muy exclusiva; pero, si él conociera Nueva York, vería que uno tenía que serlo. Y su descripción de la constitución minuciosamente jerárquica de la sociedad de aquella ciudad, que le presentó bajo muchas luces diferentes, resultó, para la imaginación de Winterbourne, casi opresivamente sorprendente.

Percibió inmediatamente, por su tono, que el lugar de la señorita Daisy Miller en la escala social era bajo.

—Me temo que no los aprueba —dijo él.

—Son muy vulgares —declaró la señora Costello—. Son esa clase de americanos con los que uno cumple con su deber al no... no aceptarlos.

—Ah, ¿no los acepta? —dijo el joven.

—No puedo, mi querido Frederick. Lo haría si pudiera, pero no puedo.

—La joven es muy bonita —dijo Winterbourne, al momento.

—Por supuesto que es bonita. Pero es muy vulgar.

—Ya veo lo que quiere decir, por supuesto —dijo Winterbourne, después de otra pausa.

—Tiene ese aspecto encantador que todas tienen —prosiguió su tía—. No sé de dónde lo sacan; y viste a la perfección... no, no sabes lo bien que

viste. No sé de dónde sacan el gusto.

—Pero, mi querida tía, después de todo, no es una salvaje comanche.

—Es una jovencita —dijo la señora Costello— que tiene intimidad con el mensajero de su mamá.

—¿Intimidad con el mensajero? —demandó el joven.

—¡Oh, la madre es igual de mala! Tratan al mensajero como a un amigo familiar, como a un caballero. No me extrañaría que cenara con ellos. Es muy probable que nunca hayan visto a un hombre con tan buenas maneras, tan buena ropa, tan parecido a un caballero. Probablemente corresponde a la idea que la joven tiene de un conde. Se sienta con ellos en el jardín por la noche. Creo que fuma.

Winterbourne escuchó con interés estas revelaciones; le ayudaron a decidirse sobre la señorita Daisy. Evidentemente, era bastante alocada.

—Bueno —dijo—, yo no soy un mensajero, y sin embargo fue muy encantadora conmigo.

—Mejor hubiera sido que dijeras desde el principio —dijo la señora Costello, con dignidad— que habías trabado conocimiento con ella.

—Simplemente nos encontramos en el jardín, y hablamos un poco.

—*¡Tout bonnement!* ¿Y qué dijiste, si se puede saber?

—Dije que me tomaría la libertad de presentarla a mi admirable tía.

—Te estoy muy agradecida.

—Era para garantizar mi respetabilidad —dijo Winterbourne.

—¿Y quién va a garantizar la de ella, si se puede saber?

—¡Ah, qué cruel eres! —dijo el joven—. Es una chica muy agradable.

—No lo dices como si lo creyeras —observó la señora Costello.

—Es completamente inculta —prosiguió Winterbourne—. Pero es maravillosamente bonita y, en resumen, es muy agradable. Para demostrar que lo creo, voy a llevarla al Château de Chillon.

—¿Van a ir ustedes dos solos allí? Yo diría que eso demuestra justo lo contrario. ¿Cuánto tiempo hacía que la conocías, si se puede saber, cuando

se formó ese interesante proyecto? No llevas ni veinticuatro horas en la casa.

—¡La conocía desde hacía media hora! —dijo Winterbourne, sonriendo.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Costello—. ¡Qué chica tan terrible!

Su sobrino guardó silencio unos momentos.

—Entonces, ¿de verdad crees —comenzó, con seriedad y con deseo de información fidedigna—, de verdad crees que...? —Pero volvió a hacer una pausa.

—¿Creer qué, señor? —dijo su tía.

—¿Que es la clase de jovencita que espera que un hombre, tarde o temprano, se la lleve?

—No tengo la menor idea de lo que esas jovencitas esperan que haga un hombre. Pero realmente creo que sería mejor que no te entrometieras con niñitas americanas incultas, como tú las llamas. Has vivido demasiado tiempo fuera del país. Seguro que cometerás algún grave error. Eres demasiado inocente.

—Mi querida tía, no soy tan inocente —dijo Winterbourne, sonriendo y atusándose el bigote.

—¡Entonces eres demasiado culpable!

Winterbourne continuó atusándose el bigote, meditabundo.

—Entonces, ¿no dejarás que la pobre chica te conozca? —preguntó finalmente.

—¿Es literalmente cierto que va a ir contigo al Château de Chillon?

—Creo que tiene toda la intención.

—Entonces, mi querido Frederick —dijo la señora Costello—, debo declinar el honor de su amistad. Soy una anciana, pero no soy demasiado vieja, gracias al Cielo, ¡para escandalizarme!

—Pero, ¿no hacen todas estas cosas... las jóvenes en América? —inquirió Winterbourne.

La señora Costello lo miró fijamente un momento.

—¡Ya me gustaría ver a mis nietas hacerlas! —declaró con severidad.

Esto pareció arrojar algo de luz sobre el asunto, pues Winterbourne recordó haber oído que sus bonitas primas de Nueva York eran unas «tremendas coquetas». Si, por lo tanto, la señorita Daisy Miller excedía el amplio margen permitido a estas jóvenes, era probable que se pudiera esperar cualquier cosa de ella. Winterbourne estaba impaciente por volver a verla, y estaba molesto consigo mismo porque, por instinto, no la apreciaba con justicia.

Aunque estaba impaciente por verla, apenas sabía qué decirle sobre la negativa de su tía a conocerla; pero descubrió, con bastante prontitud, que con la señorita Daisy Miller no había gran necesidad de andar de puntillas. La encontró esa noche en el jardín, deambulando bajo la cálida luz de las estrellas como una sílfide indolente, y balanceando de un lado a otro el abanico más grande que jamás había visto. Eran las diez. Había cenado con su tía, había estado sentado con ella desde la cena, y acababa de despedirse de ella hasta la mañana siguiente. La señorita Daisy Miller pareció muy contenta de verlo; declaró que era la noche más larga que jamás había pasado.

—¿Has estado sola todo el tiempo? —preguntó él.

—He estado paseando con mamá. Pero mamá se cansa de pasear —respondió ella.

—¿Se ha ido a la cama?

—No; no le gusta irse a la cama —dijo la joven—. No duerme... ni tres horas. Dice que no sabe cómo vive. Está terriblemente nerviosa. Supongo que duerme más de lo que cree. Se ha ido a alguna parte a buscar a Randolph; quiere intentar que se vaya a la cama. A él no le gusta irse a la cama.

—Esperemos que lo convenza —observó Winterbourne.

—Le hablará todo lo que pueda; pero a él no le gusta que le hable —dijo la señorita Daisy, abriendo su abanico—. Va a intentar que Eugenio hable con él. Pero él no le tiene miedo a Eugenio. Eugenio es un mensajero espléndido, ¡pero no puede impresionar mucho a Randolph! No creo que se vaya a la cama antes de las once. —Parecía que la vigilia de Randolph, de hecho, se prolongaba triunfalmente, pues Winterbourne paseó con la joven durante algún tiempo sin encontrarse con su madre.

—He estado buscando a esa señora a la que quiere presentarme —reanudó su compañera—. Es su tía. —Luego, al admitir Winterbourne el hecho y expresar cierta curiosidad sobre cómo se había enterado, ella dijo que la camarera le había contado todo sobre la señora Costello. Era muy discreta y muy comme il faut; llevaba bucles blancos; no hablaba con nadie y nunca cenaba en la table d'hôte. Cada dos días tenía dolor de cabeza.

—¡Creo que es una descripción encantadora, con dolor de cabeza y todo! —dijo la señorita Daisy, parlotando con su voz delgada y alegre—. Tengo muchísimas ganas de conocerla. Sé exactamente cómo sería su tía; sé que me gustaría. Sería muy exclusiva. Me gusta que una dama sea exclusiva; me muero por ser exclusiva yo misma. Bueno, somos exclusivas, mamá y yo. No hablamos con todo el mundo... o ellos no nos hablan a nosotras. Supongo que es más o menos lo mismo. De todos modos, me alegraré muchísimo de conocer a su tía.

Winterbourne estaba desconcertado.

—Estaría encantadísima —dijo—; pero me temo que esos dolores de cabeza interferirán.

La joven lo miró a través del crepúsculo.

—Pero supongo que no tiene dolor de cabeza todos los días —dijo, con simpatía.

Winterbourne guardó silencio un momento.

—Me dice que sí —respondió finalmente, sin saber qué decir.

La señorita Daisy Miller se detuvo y se quedó mirándolo. Su belleza aún era visible en la oscuridad; abría y cerraba su enorme abanico.

—¡No quiere conocerme! —dijo de repente—. ¿Por qué no lo dice? ¡No tiene que tener miedo, yo no tengo miedo! —Y soltó una risita.

A Winterbourne le pareció que había un temblor en su voz; se sintió conmovido, escandalizado, mortificado por ello.

—Mi querida señorita —protestó él—, no conoce a nadie. Es su maltrecha salud.

La joven caminó unos pasos, riendo todavía.

—No tiene que tener miedo —repitió—. ¿Por qué iba a querer conocerme? —Luego hizo otra pausa; estaba cerca del parapeto del jardín, y frente a ella estaba el lago iluminado por las estrellas. Había un vago brillo en su superficie, y en la distancia se veían formas montañosas apenas perceptibles. Daisy Miller contempló el misterioso panorama, y luego soltó otra risita.

—¡Cielo santo! ¡Sí que es exclusiva! —dijo. Winterbourne se preguntó si estaría seriamente herida, y por un momento casi deseó que su sentimiento de agravio fuera tal que resultara apropiado por su parte intentar tranquilizarla y consolarla. Tenía la agradable sensación de que ella sería muy accesible para propósitos consoladores. Se sintió entonces, por un instante, completamente dispuesto a sacrificar a su tía, en la conversación; a admitir que era una mujer orgullosa y grosera, y a declarar que no debían hacerle caso. Pero antes de que tuviera tiempo de comprometerse con esta peligrosa mezcla de galantería e impiedad, la joven, reanudando su paseo, lanzó una exclamación en un tono completamente diferente.

—¡Bueno, aquí está madre! Supongo que no ha conseguido que Randolph se vaya a la cama. —La figura de una dama apareció, a lo lejos, muy indistinta en la oscuridad, y avanzando con un movimiento lento y vacilante. De repente pareció detenerse.

—¿Está seguro de que es su madre? ¿Puede distinguirla en esta densa oscuridad? —preguntó Winterbourne.

—¡Bueno! —exclamó la señorita Daisy Miller, con una carcajada—. Supongo que conozco a mi propia madre. ¡Y más cuando lleva puesto mi chal! Siempre está usando mis cosas.

La dama en cuestión, dejando de avanzar, merodeaba vagamente por el lugar en el que había detenido sus pasos.

—Me temo que su madre no lo ve —dijo Winterbourne—. O quizá —añadió, pensando, con la señorita Miller, que la broma era permisible—, quizá se sienta culpable por su chal.

—¡Oh, es una cosa vieja y espantosa! —replicó la joven con serenidad—. Le dije que podía usarlo. No vendrá aquí, porque lo ve a usted.

—Ah, entonces —dijo Winterbourne—, será mejor que las deje.

—¡Oh, no; venga! —insistió la señorita Daisy Miller.

—Me temo que su madre no aprueba que camine con usted.

La señorita Miller le dirigió una mirada seria.

—No es por mí; es por usted... es decir, es por ella. ¡Bueno, no sé por quién es! Pero a madre no le gusta ninguno de mis amigos caballeros. Es tremendamente tímida. Siempre arma un escándalo si presento a un caballero. Pero sí los presento... casi siempre. Si no presentara a mis amigos caballeros a madre —añadió la joven, en su suave, plano y monótono tono de voz—, no creería que soy natural.

—Para presentarme —dijo Winterbourne—, debe saber mi nombre. —Y procedió a pronunciarlo.

—¡Oh, cielos, no puedo decir todo eso! —dijo su compañera, con una carcajada. Pero para entonces habían llegado hasta la señora Miller, quien, mientras se acercaban, caminó hacia el parapeto del jardín y se apoyó en él, mirando intensamente el lago y dándoles la espalda.

—¡Madre! —dijo la joven, con tono decidido. Ante esto, la dama mayor se dio la vuelta.

—Señor Winterbourne —dijo la señorita Daisy Miller, presentando al joven con mucha franqueza y gracia. «Vulgar», lo era, como la había calificado la señora Costello; sin embargo, para Winterbourne era una maravilla que, con su vulgaridad, tuviera una gracia singularmente delicada.

Su madre era una persona menuda, delgada, de aspecto frágil, con una mirada errante, una nariz muy exigua y una frente ancha, adornada con cierta cantidad de cabello fino y muy ensortijado. Al igual que su hija, la señora Miller iba vestida con extrema elegancia; llevaba enormes diamantes en las orejas. Hasta donde Winterbourne pudo observar, no le dirigió ningún saludo; ciertamente no lo miraba. Daisy estaba cerca de ella, enderezándole el chal.

—¿Qué haces husmeando por aquí? —inquirió esta joven, pero de ningún modo con la aspereza de acento que su elección de palabras podría implicar.

—No lo sé —dijo su madre, volviéndose de nuevo hacia el lago.

—¡No creería que quisieras ese chal! —exclamó Daisy.

—¡Pues sí que lo quiero! —respondió su madre, con una risita.

—¿Conseguiste que Randolph se fuera a la cama? —preguntó la joven.

—No; no pude convencerlo —dijo la señora Miller, muy suavemente—. Quiere hablar con el camarero. Le gusta hablar con ese camarero.

—Le estaba contando al señor Winterbourne —prosiguió la joven; y al oído del joven, su tono podría haber indicado que había estado pronunciando su nombre toda su vida.

—¡Oh, sí! —dijo Winterbourne—; tengo el placer de conocer a su hijo.

La mamá de Randolph guardó silencio; dirigió su atención al lago. Pero finalmente habló.

—¡Bueno, no sé cómo vive!

—De todos modos, no es tan malo como en Dover —dijo Daisy Miller.

—¿Y qué ocurrió en Dover? —preguntó Winterbourne.

—No quería irse a la cama en absoluto. Supongo que se quedó levantado toda la noche en el salón público. A las doce en punto no estaba en la cama; eso lo sé.

—Eran las doce y media —declaró la señora Miller con suave énfasis.

—¿Duerme mucho durante el día? —demandó Winterbourne.

—Supongo que no duerme mucho —replicó Daisy.

—¡Ojalá lo hiciera! —dijo su madre—. Parece como si no pudiera.

—Creo que es verdaderamente pesado —prosiguió Daisy.

Luego, durante unos momentos, hubo silencio.

—Bueno, Daisy Miller —dijo la dama mayor, al cabo de un momento—, ¡no creería que quisieras hablar en contra de tu propio hermano!

—Bueno, *es* pesado, madre —dijo Daisy, sin la aspereza de una réplica.

—Solo tiene nueve años —insistió la señora Miller.

—Bueno, no quiso ir a ese castillo —dijo la joven—. Voy a ir allí con el señor Winterbourne.

A este anuncio, hecho con mucha placidez, la mamá de Daisy no ofreció respuesta. Winterbourne dio por sentado que desaprobaba profundamente la proyectada excursión; pero se dijo a sí mismo que era una persona sencilla y fácil de manejar, y que unas cuantas protestas deferentes mitigarían su disgusto.

—Sí —comenzó—; su hija ha tenido la amabilidad de concederme el honor de ser su guía.

Los ojos errantes de la señora Miller se fijaron, con una especie de aire suplicante, en Daisy, quien, sin embargo, se alejó unos pasos más, canturreando suavemente para sí misma.

—Supongo que irán en tren —dijo su madre.

—Sí, o en barca —dijo Winterbourne.

—Bueno, por supuesto, no lo sé —replicó la señora Miller—. Nunca he estado en ese castillo.

—Es una lástima que no vaya —dijo Winterbourne, empezando a sentirse más tranquilo en cuanto a su oposición. Y sin embargo, estaba completamente preparado para descubrir que, como era de esperar, tenía la intención de acompañar a su hija.

—Hemos estado pensando muchísimo en ir —prosiguió—; pero parece como si no pudiéramos. Por supuesto, Daisy... ella quiere ir por ahí. Pero hay una señora aquí... no sé su nombre... dice que no creería que quisiéramos ir a ver castillos *aquí*; que creería que querríamos esperar hasta llegar a Italia. Parece que allí habrá muchísimos —continuó la señora Miller, con un aire de creciente confianza—. Por supuesto, solo queremos ver los principales. Visitamos varios en Inglaterra —añadió al poco.

—¡Ah, sí! En Inglaterra hay castillos hermosos —dijo Winterbourne—. Pero Chillón, aquí, merece mucho la pena verlo.

—Bueno, si Daisy se siente con ánimos... —dijo la señora Miller, en un tono impregnado de un sentido de la magnitud de la empresa—. Parece como si no hubiera nada que ella no emprendiera.

— ¡Oh, creo que lo disfrutará! — declaró Winterbourne. Y deseaba cada vez más asegurarse de que iba a tener el privilegio de un *tête-à-tête* con la joven, que seguía paseando delante de ellos, canturreando suavemente—. ¿No está dispuesta, señora — inquirió—, a emprenderlo usted misma?

La madre de Daisy lo miró un instante de soslayo, y luego caminó hacia adelante en silencio. Luego:

— Supongo que será mejor que vaya sola — dijo simplemente. Winterbourne observó para sí que este era un tipo de maternidad muy diferente al de las matronas vigilantes que se apiñaban en la vanguardia de las relaciones sociales en la oscura y vieja ciudad al otro extremo del lago. Pero sus meditaciones fueron interrumpidas al oír su nombre pronunciado muy claramente por la desprotegida hija de la señora Miller.

— ¡Señor Winterbourne! — murmuró Daisy.

— ¡*Mademoiselle!* — dijo el joven.

— ¿No quiere llevarme en barca?

— ¿Ahora mismo? — preguntó él.

— ¡Por supuesto! — dijo Daisy.

— ¡Bueno, Annie Miller! — exclamó su madre.

— Le ruego, señora, que la deje ir — dijo Winterbourne, ardientemente; pues² nunca hasta entonces había disfrutado de la sensación de guiar bajo la luz estival de las estrellas una esquife cargada con una joven fresca y hermosa.

— No creería que quisiera — dijo su madre—. Creería que preferiría entrar.

— Estoy segura de que el señor Winterbourne quiere llevarme — declaró Daisy—. ¡Es tan terriblemente atento!

— La llevaré remando hasta Chillón bajo la luz de las estrellas.

— ¡No me lo creo! — dijo Daisy.

— ¡Bueno! — exclamó de nuevo la dama mayor.

— No me ha dirigido la palabra en media hora — continuó su hija.

—He estado teniendo una conversación muy agradable con su madre —dijo Winterbourne.

—¡Bueno, quiero que me lleve en barca! —repitió Daisy. Todos se habían detenido, y ella se había dado la vuelta y miraba a Winterbourne. Su rostro lucía una sonrisa encantadora, sus bonitos ojos brillaban, balanceaba su gran abanico. «No; es imposible ser más bonita que eso», pensó Winterbourne.

—Hay media docena de barcas amarradas en ese embarcadero —dijo, señalando ciertos escalones que descendían del jardín al lago—. Si me hace el honor de aceptar mi brazo, iremos a seleccionar una de ellas.

Daisy permaneció allí sonriendo; echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita ligera.

—¡Me gusta que un caballero sea formal! —declaró.

—Le aseguro que es una oferta formal.

—Estaba decidida a hacerle decir algo —continuó Daisy.

—Ya ve, no es muy difícil —dijo Winterbourne—. Pero me temo que se está burlando de mí.

—Creo que no, señor —observó la señora Miller, muy suavemente.

—Entonces, déjeme llevarla a remar —le dijo a la joven.

—¡Es encantador cómo lo dice! —exclamó Daisy.

—Será aún más encantador hacerlo.

—¡Sí, sería encantador! —dijo Daisy. Pero no hizo ningún movimiento para acompañarlo; solo se quedó allí riendo.

—Creo que sería mejor que averiguaras qué hora es —interpuso su madre.

—Son las once, señora —dijo una voz, con acento extranjero, desde la oscuridad cercana; y Winterbourne, al volverse, percibió al florido personaje que atendía a las dos damas. Aparentemente, acababa de acercarse.

—¡Oh, Eugenio —dijo Daisy—, voy a salir en barca!

Eugenio se inclinó.

—¿A las once, mademoiselle?

—Voy con el señor Winterbourne... ahora mismo.

—Dígale que no puede —dijo la señora Miller al mensajero.

—Creo que sería mejor que no saliera en barca, *mademoiselle* —declaró Eugenio.

Winterbourne deseó al Cielo que esta guapa chica no fuera tan familiar con su mensajero; pero no dijo nada.

—¡Supongo que no cree que sea apropiado! —exclamó Daisy—. Eugenio no cree que nada sea apropiado.

—Estoy a su servicio —dijo Winterbourne.

—¿Propone *mademoiselle* ir sola? —preguntó Eugenio a la señora Miller.

—¡Oh, no; con este caballero! —respondió la mamá de Daisy.

El mensajero miró un momento a Winterbourne —este último pensó que sonreía— y luego, solemnemente, con una reverencia:

—¡Como guste mademoiselle! —dijo.

—¡Oh, esperaba que armaras un escándalo! —dijo Daisy—. Ya no me apetece ir.

—Yo mismo armaré un escándalo si no vas —dijo Winterbourne.

—¡Eso es todo lo que quiero... un pequeño escándalo! —Y la joven comenzó a reír de nuevo.

—¡El señorito Randolph se ha ido a la cama! —anunció el mensajero con frialdad.

—¡Oh, Daisy; ahora podemos irnos! —dijo la señora Miller.

Daisy se apartó de Winterbourne, mirándolo, sonriendo y abanicándose.

—Buenas noches —dijo—. ¡Espero que esté decepcionado, o asqueado, o algo por el estilo!

Él la miró, tomando la mano que ella le ofrecía.

—Estoy perplejo —respondió él.

—¡Bueno, espero que no le quite el sueño! —dijo ella, con mucha viveza; y, bajo la escolta del privilegiado Eugenio, las dos damas pasaron hacia la casa.

Winterbourne se quedó mirándolas; estaba, en efecto, perplejo. Se demoró junto al lago durante un cuarto de hora, reflexionando sobre el misterio de las repentinas familiaridades y caprichos de la joven. Pero la única conclusión muy definida a la que llegó fue que disfrutaría endemoniadamente «escapándose» con ella a alguna parte.

Dos días después se escapó con ella al castillo de Chillón. La esperó en el gran vestíbulo del hotel, donde los mensajeros, los sirvientes, los turistas extranjeros, holgazaneaban y miraban. No era el lugar que él habría elegido, pero ella lo había designado. Bajó las escaleras con pasitos rápidos, abotonándose los largos guantes, apretando su sombrilla plegada contra su bonita figura, vestida con un traje de viaje sobria pero elegantemente perfecto. Winterbourne era un hombre de imaginación y, como solían decir nuestros antepasados, sensibilidad; al mirar su vestido y, en la gran escalera, su pasito rápido y confiado, sintió como si algo romántico estuviera sucediendo. Podría haber creído que iba a fugarse con ella. Salió con ella entre toda la gente ociosa que allí se congregaba; todos la miraban con mucha atención; ella había empezado a parlotear tan pronto como se reunió con él. La preferencia de Winterbourne había sido que los llevaran a Chillón en un carruaje; pero ella expresó un vivo deseo de ir en el pequeño vapor; declaró que sentía pasión por los barcos de vapor. Siempre había una brisa tan agradable en el agua, y se veía a tanta gente. El viaje no fue largo, pero la compañera de Winterbourne encontró tiempo para decir muchísimas cosas. Para el propio joven, su pequeña excursión era tanto una escapada —una aventura— que, incluso teniendo en cuenta su habitual sentido de la libertad, tenía cierta expectativa de verla considerarla de la misma manera. Pero hay que confesar que, en este particular, se sintió decepcionado. Daisy Miller estaba extremadamente animada, de un humor encantador; pero, al parecer, no estaba en absoluto excitada; no estaba alterada; no evitaba ni los ojos de él ni los de nadie más; no se sonrojaba ni cuando lo miraba ni cuando sentía que la gente la miraba. La gente seguía mirándola mucho, y Winterbourne sentía una gran satisfacción por el aire distinguido de su bonita compañera. Había temido un poco que hablara en voz alta, riera demasiado e incluso, quizá, deseara moverse mucho por el barco. Pero olvidó por completo sus temo-

res; se sentó sonriendo, con los ojos fijos en el rostro de ella, mientras, sin moverse de su sitio, se despachó con un gran número de reflexiones originales. Era la locuacidad más encantadora que jamás había oído. Había asentido a la idea de que era «vulgar»; pero, ¿lo era, después de todo, o simplemente se estaba acostumbrando a su vulgaridad? Su conversación era principalmente de lo que los metafísicos denominan de cuño objetivo; pero de vez en cuando tomaba un giro subjetivo.

—¿Por qué *diablos* está tan serio? —demandó de repente, fijando sus agradables ojos en los de Winterbourne.

—¿Estoy serio? —preguntó él—. Tenía la idea de que estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Parece que me estuviera llevando a un funeral. Si eso es una sonrisa, sus orejas están muy juntas.

—¿Le gustaría que bailara una giga en cubierta?

—Por favor, hágalo, y yo pasaré el sombrero. Pagaré los gastos de nuestro viaje.

—Nunca en mi vida he estado más complacido —murmuró Winterbourne.

Ella lo miró un momento, y luego soltó una risita.

—¡Me gusta hacerle decir esas cosas! ¡Es usted una mezcla extraña!

En el castillo, después de haber desembarcado, el elemento subjetivo prevaleció decididamente. Daisy correteaba por las cámaras abovedadas, hacía susurrar sus faldas en las escaleras de caracol, retrocedía coquetamente con un grito y un escalofrío desde el borde de las *mazmorras*, y prestaba un oído singularmente bien formado a todo lo que Winterbourne le contaba sobre el lugar. Pero él vio que le importaban muy poco las antigüedades feudales, y que las oscuras tradiciones de Chillón apenas le causaban impresión. Tuvieron la suerte de haber podido pasear sin otra compañía que la del custodio; y Winterbourne arregló con este funcionario que no los apresuraran, que se demoraran y se detuvieran donde quisieran. El custodio interpretó el trato generosamente —Winterbourne, por su parte, había sido generoso— y terminó dejándolos completamente solos. Las observaciones de la señorita Miller no destacaban por su coherencia lógica; para cualquier cosa

que quisiera decir, estaba segura de encontrar un pretexto. Encontró muchísimos pretextos en las rudas aspilleras de Chillón para hacerle a Winterbourne preguntas repentinas sobre sí mismo: su familia, su historia previa, sus gustos, sus hábitos, sus intenciones, y para suministrar información sobre puntos correspondientes de su propia personalidad. De sus propios gustos, hábitos e intenciones, la señorita Miller estaba dispuesta a dar la descripción más definida y, de hecho, la más favorable.

— ¡Bueno, espero que sepa lo suficiente! —le dijo a su compañero, después de que él le contara la historia del desdichado Bonivard—. ¡Nunca vi a un hombre que supiera tanto! —La historia de Bonivard, evidentemente, como suele decirse, le había entrado por un oído y salido por el otro. Pero Daisy continuó diciendo que deseaba que Winterbourne viajara con ellos y «fuera por ahí» con ellos; en ese caso, podrían saber algo.

— ¿No quiere venir y enseñar a Randolph? —preguntó. Winterbourne dijo que nada podría complacerlo tanto, pero que desafortunadamente tenía otras ocupaciones.

— ¿Otras ocupaciones? ¡No me lo creo! —dijo la señorita Daisy—. ¿Qué quiere decir? Usted no está en los negocios. —El joven admitió que no estaba en los negocios; pero tenía compromisos que, incluso en uno o dos días, lo obligarían a regresar a Ginebra.

— ¡Oh, qué fastidio! —dijo ella—: ¡No me lo creo! —Y empezó a hablar de otra cosa. Pero unos momentos después, cuando él le estaba señalando el bonito diseño de una chimenea antigua, ella exclamó de forma irrelevante:

— ¿No querrá decir que va a volver a Ginebra?

— Es un hecho melancólico que tendré que regresar a Ginebra mañana.

— Bueno, señor Winterbourne —dijo Daisy—, ¡creo que es usted horrible!

— ¡Oh, no diga cosas tan terribles! —dijo Winterbourne—, ¡justo al final!

— ¡La última! —exclamó la joven—. Yo la llamo la primera. Tengo medio pensado dejarlo aquí e irme directamente sola al hotel. —Y durante los siguientes diez minutos no hizo más que llamarlo horrible. El pobre Winterbourne estaba bastante desconcertado; ninguna joven le había hecho hasta entonces el honor de agitarse tanto por el anuncio de sus movimientos. Su

compañera, después de esto, dejó de prestar atención a las curiosidades de Chillón o a las bellezas del lago; abrió fuego contra la misteriosa encantadora de Ginebra, de quien pareció haber dado por sentado instantáneamente que él se apresuraba a regresar para verla. ¿Cómo sabía la señorita Daisy Miller que había una encantadora en Ginebra? Winterbourne, que negó la existencia de tal persona, fue completamente incapaz de descubrirlo; y estaba dividido entre el asombro por la rapidez de su deducción y la diversión ante la franqueza de su persiflage. Le pareció, en todo esto, una extraordinaria mezcla de inocencia y crudeza.

—¿Nunca le permite más de tres días seguidos? —preguntó Daisy, irónicamente—. ¿No le da vacaciones en verano? No hay nadie tan agobiado de trabajo que no pueda conseguir permiso para irse a alguna parte en esta temporada. Supongo que, si se queda otro día, ella vendrá a buscarlo en barca. ¡Espere hasta el viernes, y yo bajaré al embarcadero para verla llegar! —Winterbourne empezó a pensar que se había equivocado al sentirse decepcionado por el talante con que la joven se había embarcado. Si había echado de menos el acento personal, el acento personal estaba haciendo ahora su aparición. Sonó muy claramente, al final, cuando ella le dijo que dejaría de «molestarlo» si le prometía solemnemente ir a Roma en invierno.

—Esa no es una promesa difícil de hacer —dijo Winterbourne—. Mi tía ha alquilado un apartamento en Roma para el invierno, y ya me ha pedido que vaya a verla.

—No quiero que venga por su tía —dijo Daisy—; quiero que venga por mí. —Y esta fue la única alusión que el joven iba a oírle hacer jamás a su odiosa parienta. Él declaró que, en cualquier caso, ciertamente vendría. Después de esto, Daisy dejó de molestarlo. Winterbourne tomó un carruaje, y regresaron a Vevay al anochecer; la joven estuvo muy callada.

Por la noche, Winterbourne mencionó a la señora Costello que había pasado la tarde en Chillón con la señorita Daisy Miller.

—¿Los americanos... los del mensajero? —preguntó esta dama.

—Ah, felizmente —dijo Winterbourne—, el mensajero se quedó en casa.

—¿Fue con usted completamente sola?

—Completamente sola.

La señora Costello aspiró un poco de su frasco de sales.

—¡Y esa —exclamó— es la joven persona que querías que conociera!

SEGUNDA PARTE

Winterbourne, que había regresado a Ginebra al día siguiente de su excursión a Chillón, se dirigió a Roma hacia finales de enero. Su tía llevaba varias semanas establecida allí, y él había recibido un par de cartas suyas. «Aquella gente a la que tan devoto te mostraste el verano pasado en Vevay ha aparecido por aquí, con mensajero y todo —escribió—. Parecen haber hecho varias amistades, pero el mensajero sigue siendo el más *íntimo*. La joven, sin embargo, también tiene mucha intimidad con algunos italianos de tercera categoría, con los que alborota de una manera que da mucho que hablar. Tráeme esa bonita novela de Cherbuliez —*Paule Méré*— y no vengas más tarde del veintitrés».

En el curso natural de los acontecimientos, Winterbourne, al llegar a Roma, se habría cerciorado sin dilación de la dirección de la señora Miller en el banco americano, y habría ido a presentar sus respetos a la señorita Daisy.

—Después de lo que sucedió en Vevay, creo que ciertamente puedo visitarlos —le dijo a la señora Costello.

—Si, después de lo que sucede —en Vevay y en todas partes— deseas mantener la relación, eres muy bienvenido. ¡Por supuesto, un hombre puede conocer a todo el mundo. Los hombres son bienvenidos a ese privilegio!

—Dime, ¿qué es lo que sucede... aquí, por ejemplo? —demandó Winterbourne.

—La chica anda sola con sus extranjeros. En cuanto a lo que sucede además, debes buscar información en otra parte. Ha recogido a media docena de los cazafortunas romanos de rigor, y los lleva a casa de la gente. Cuando va a una fiesta, trae consigo a un caballero con muchas ínfulas y un bigote maravilloso.

—¿Y dónde está la madre?

—No tengo la menor idea. Son gente muy terrible.

Winterbourne meditó un momento.

—Son muy ignorantes... solo muy inocentes. Puedes estar seguro de que no son malos.

—Son irremisiblemente vulgares —dijo la señora Costello—. Que ser irremisiblemente vulgar sea ser «malo» o no, es una cuestión para los metafísicos. Son lo suficientemente malos como para que no gusten, en cualquier caso; y para esta corta vida eso es más que suficiente.

La noticia de que Daisy Miller estaba rodeada por media docena de maravillosos bigotes contuvo el impulso de Winterbourne de ir a verla de inmediato. Quizá no se había halagado definitivamente a sí mismo con haber causado una impresión imborrable en su corazón, pero le molestó oír hablar de un estado de cosas tan poco en armonía con una imagen que últimamente había revoloteado en sus propias meditaciones; la imagen de una chica muy guapa asomada a una vieja ventana romana y preguntándose con urgencia cuándo llegaría el señor Winterbourne. Sin embargo, si bien decidió esperar un poco antes de recordarle a la señorita Miller sus derechos a su consideración, fue muy pronto a visitar a dos o tres amigos más. Una de estas amigas era una dama americana que había pasado varios inviernos en Ginebra, donde había matriculado a sus hijos en la escuela. Era una mujer muy culta y vivía en la Via Gregoriana. Winterbourne la encontró en un pequeño salón carmesí en un tercer piso; la habitación estaba llena de sol del sur. No llevaba allí ni diez minutos cuando entró el criado, anunciando: «¡Madame Mila!». A este anuncio siguió al poco la entrada del pequeño Randolph Miller, que se detuvo en medio de la habitación y se quedó mirando fijamente a Winterbourne. Un instante después, su hermosa hermana cruzó el umbral; y luego, tras un intervalo considerable, la señora Miller avanzó lentamente.

—¡Te conozco! —dijo Randolph.

—Estoy seguro de que sabes muchísimas cosas —exclamó Winterbourne, tomándolo de la mano—. ¿Cómo va tu educación?

Daisy intercambiaba saludos muy graciosamente con su anfitriona; pero al oír la voz de Winterbourne, volvió rápidamente la cabeza.

—¡Bueno, no me digas! —dijo ella.

—Te dije que vendría, ya sabes —replicó Winterbourne, sonriendo.

—Bueno, no me lo creí —dijo la señorita Daisy.

—Te estoy muy agradecido —rio el joven.

—¡Podrías haber venido a verme! —dijo Daisy.

—Llegué apenas ayer.

—¡No me lo creo! —declaró la joven.

Winterbourne se volvió con una sonrisa de protesta hacia la madre de ella; pero esta dama eludió su mirada y, sentándose, fijó los ojos en su hijo.

—Tenemos un sitio más grande que este —dijo Randolph—. Está todo dorado en las paredes.

La señora Miller se removió inquieta en su silla.

—¡Te dije que si te traía, dirías algo! —murmuró.

—¡Te lo dije! —exclamó Randolph—. ¡Se lo digo a usted, señor! —añadió, en tono jocoso, dándole a Winterbourne un golpe en la rodilla—. ¡Y es más grande, además!

Daisy había entablado una animada conversación con su anfitriona; Winterbourne consideró oportuno dirigir unas palabras a la madre de ella.

—Espero que se haya encontrado bien desde que nos separamos en Vevay —dijo.

La señora Miller ahora ciertamente lo miró... a la barbilla.

—No muy bien, señor —respondió.

—Tiene dispepsia —dijo Randolph—. Yo también la tengo. Papá la tiene. ¡Yo soy el que más la tiene!

Este anuncio, en lugar de avergonzar a la señora Miller, pareció aliviarla.

—Sufro del hígado —dijo—. Creo que es este clima; es menos vigorizante que Schenectady, especialmente en la temporada de invierno. No sé si sabe que residimos en Schenectady. Le decía a Daisy que ciertamente no había encontrado a nadie como el Dr. Davis, y no creía que lo encontraría. Oh, en Schenectady ocupa el primer lugar; lo tienen en muy alta estima. Tiene tanto que hacer, y sin embargo no había nada que no hiciera por mí. Dijo que nunca había visto nada como mi dispepsia, pero que estaba decidido a curarla. Estoy segura de que no había nada que no intentara. Justo iba a probar algo nuevo cuando nos vinimos. El señor Miller quería que Daisy viera Europa por sí misma. Pero le escribí al señor Miller que parece como si no pudiera arreglármelas sin el Dr. Davis. En Schenectady está en lo más alto; y allí también hay muchas enfermedades. Afecta a mi sueño.

Winterbourne tuvo una buena dosis de cotilleo patológico con la paciente del Dr. Davis, durante el cual Daisy parloteó incesantemente con su propia compañera. El joven le preguntó a la señora Miller qué tal le parecía Roma.

—Bueno, debo decir que estoy decepcionada —respondió—. Habíamos oído tanto sobre ella; supongo que habíamos oído demasiado. Pero no pudimos evitarlo. Nos habían hecho esperar algo diferente.

—Ah, espere un poco, y le tomará mucho cariño —dijo Winterbourne.

—¡La odio cada día más! —gritó Randolph.

—Eres como el infante Aníbal —dijo Winterbourne.

—¡No, no lo soy! —declaró Randolph, al azar.

—No te pareces mucho a un infante —dijo su madre—. Pero hemos visto lugares —prosiguió— que yo pondría muy por delante de Roma. —Y en respuesta a la pregunta de Winterbourne—: Está Zúrich —concluyó—, creo que Zúrich es encantadora; y no habíamos oído ni la mitad sobre ella.

—¡El mejor sitio que hemos visto es el «Ciudad de Richmond»! —dijo Randolph.

—Se refiere al barco —explicó su madre—. Cruzamos en ese barco. Randolph se divirtió mucho en el «Ciudad de Richmond».

—Es el mejor sitio que he visto —repitió el niño—. Solo que iba en dirección contraria.

—Bueno, tendremos que tomar la dirección correcta alguna vez —dijo la señora Miller, con una risita. Winterbourne expresó la esperanza de que al menos su hija encontrara alguna satisfacción en Roma, y ella declaró que Daisy estaba completamente entusiasmada.

—Es por la sociedad... la sociedad es espléndida. Va a todas partes; ha hecho un gran número de amistades. Por supuesto, ella sale más que yo. Debo decir que han sido muy sociables; la han acogido de inmediato. Y además conoce a muchísimos caballeros. Oh, ella cree que no hay nada como Roma. Por supuesto, es mucho más agradable para una joven si conoce a muchos caballeros.

Para entonces Daisy había vuelto a dirigir su atención a Winterbourne.

—¡Le he estado contando a la señora Walker lo mezquino que fuiste! —anunció la joven.

—¿Y qué pruebas has ofrecido? —preguntó Winterbourne, bastante molesto por la falta de apreciación de la señorita Miller del celo de un admirador que, en su camino hacia Roma, no se había detenido ni en Bolonia ni en Florencia, simplemente por cierta impaciencia sentimental. Recordó que un compatriota cínico le había dicho una vez que las mujeres americanas —las guapas, y esto daba amplitud al axioma— eran a la vez las más exigentes del mundo y las menos dotadas de sentido de la gratitud.

—Pues fuiste terriblemente mezquino en Vevay —dijo Daisy—. No quisiste hacer nada. No quisiste quedarte allí cuando te lo pedí.

—¡Mi queridísima señorita! —exclamó Winterbourne, con elocuencia—. ¿He venido hasta Roma para encontrarme con tus reproches?

—¡Solo escúchalo decir eso! —dijo Daisy a su anfitriona, dando un giro a un lazo del vestido de esta dama—. ¿Has oído alguna vez algo tan singular?

—¿Tan singular, querida? —murmuró la señora Walker, en el tono de una partidaria de Winterbourne.

—Bueno, no lo sé —dijo Daisy, jugueteando con las cintas de la señora Walker—. Señora Walker, quiero decirle algo.

—Madre... —interpuso Randolph, con sus finales de palabra ásperos—, ¡te digo que tienes que irte! ¡Eugenio armará... algo!

—No le tengo miedo a Eugenio —dijo Daisy, con un movimiento de cabeza—. Mire, señora Walker —continuó—, sabe que voy a ir a su fiesta.

—Estoy encantada de oírlo.

—¡Tengo un vestido precioso!

—Estoy muy segura de ello.

—Pero quiero pedir un favor... permiso para traer a un amigo.

—Estaré feliz de ver a cualquiera de sus amigos —dijo la señora Walker, volviéndose con una sonrisa hacia la señora Miller.

—Oh, no son amigos míos —respondió la mamá de Daisy, sonriendo tímidamente, a su manera—. Nunca les he hablado.

—Es un amigo íntimo mío... el señor Giovanelli —dijo Daisy, sin un temblor en su vocecilla clara ni una sombra en su carita brillante.

La señora Walker guardó silencio un momento; lanzó una rápida mirada a Winterbourne.

—Estaré encantada de ver al señor Giovanelli —dijo entonces.

—Es italiano —prosiguió Daisy, con la más bella serenidad—. Es un gran amigo mío; es el hombre más guapo del mundo... ¡excepto el señor Winterbourne! Conoce a muchos italianos, pero quiere conocer a algunos americanos. Tiene en muy alta estima a los americanos. Es tremendamente listo. ¡Es sencillamente encantador!

Se acordó que este brillante personaje sería llevado a la fiesta de la señora Walker, y entonces la señora Miller se dispuso a despedirse.

—Supongo que volveremos al hotel —dijo.

—Tú puedes volver al hotel, madre, pero yo voy a dar un paseo —dijo Daisy.

—Va a pasear con el señor Giovanelli —proclamó Randolph.

—Voy al Pincio —dijo Daisy, sonriendo.

—¿Sola, querida... a estas horas? —preguntó la señora Walker. La tarde llegaba a su fin; era la hora de la multitud de carruajes y de los peatones contemplativos.

—No creo que sea seguro, querida —dijo la señora Walker.

—Ni yo tampoco —añadió la señora Miller—. Cogerás la fiebre, tan seguro como que vives. ¡Recuerda lo que te dijo el Dr. Davis!

—Dale alguna medicina antes de que se vaya —dijo Randolph.

La compañía se había puesto en pie; Daisy, mostrando aún sus bonitos dientes, se inclinó y besó a su anfitriona.

—Señora Walker, es usted demasiado perfecta —dijo—. No voy sola; voy a encontrarme con un amigo.

—Tu amigo no¹ evitará que cojas la fiebre —observó la señora Miller.

—¿Es el señor Giovanelli? —preguntó la anfitriona.

Winterbourne observaba a la joven; ante esta pregunta su atención se agudizó. Ella permanecía allí sonriendo y alisándose las cintas del sombrero; miró a Winterbourne. Luego, mientras miraba y sonreía, respondió, sin sombra de vacilación:

—El señor Giovanelli... el hermoso Giovanelli.

—Mi querida joven amiga —dijo la señora Walker, tomándola de la mano, suplicante—, no te vayas al Pincio a estas horas a encontrarte con un italiano hermoso.

—Bueno, habla inglés —dijo la señora Miller.

—¡Cielo santo! —exclamó Daisy—. No quiero hacer nada impropio. Hay una manera fácil de arreglarlo. —Continuó mirando a Winterbourne—. El Pincio está solo a cien yardas de distancia; y si el señor Winterbourne fuera tan educado como pretende, ¡se ofrecería a caminar conmigo!

La cortesía de Winterbourne se apresuró a afirmarse, y la joven le concedió graciosamente permiso para acompañarla. Bajaron las escaleras antes que su madre, y en la puerta Winterbourne percibió el carruaje de la señora Miller detenido, con el mensajero ornamental cuyo conocido había hecho en Vevay sentado dentro.

—¡Adiós, Eugenio! —gritó Daisy—; voy a dar un paseo. —La distancia desde la Via Gregoriana hasta el hermoso jardín al otro extremo de la colina Pinciana se recorre, de hecho, rápidamente. Sin embargo, como el día era

espléndido y la concurrencia de vehículos, paseantes y ociosos era numerosa, los jóvenes americanos vieron su avance muy retrasado. Este hecho fue sumamente agradable para Winterbourne, a pesar de ser consciente de su singular situación. La multitud romana, que se movía lentamente y miraba ociosamente, prestó mucha atención a la joven extranjera extremadamente guapa que pasaba entre ella del brazo de él; y él se preguntó qué demonios habría tenido Daisy en mente cuando propuso exponerse, sin compañía, a su apreciación. La misión de él, según el sentir de ella, aparentemente, era entregarla en manos del señor Giovanelli; pero Winterbourne, a la vez molesto y complacido, resolvió que no haría tal cosa.

—¿Por qué no has venido a verme? —preguntó Daisy—. De eso no te libras.

—He tenido el honor de decirle que acabo de bajar del tren.

—¡Debes haberte quedado en el tren un buen rato después de que parara! —exclamó la joven, con su risita—. Supongo que estabas dormido. Has tenido tiempo de ir a ver a la señora Walker.

—Conocía a la señora Walker... —Winterbourne comenzó a explicar.

—Sé dónde la conociste. La conociste en Ginebra. Ella me lo dijo. Bueno, tú me conociste en Vevay. Eso es igual de bueno. Así que deberías haber venido. —No le hizo ninguna otra pregunta aparte de esta; comenzó a parlotear sobre sus propios asuntos—. Tenemos unas habitaciones espléndidas en el hotel; Eugenio dice que son las mejores habitaciones de Roma. Nos vamos a quedar todo el invierno, si no morimos de la fiebre; y supongo que entonces nos quedaremos. Es mucho más agradable de lo que pensaba; pensaba que sería terriblemente tranquilo; estaba segura de que sería terriblemente soso. Estaba segura de que estaríamos todo el tiempo con uno de esos viejos espantosos que explican los cuadros y esas cosas. Pero solo tuvimos como una semana de eso, y ahora me estoy divirtiendo. Conozco a muchísima gente, y todos son encantadores. La sociedad es extremadamente selecta. Hay de todo tipo: ingleses, alemanes e italianos. Creo que los que más me gustan son los ingleses. Me gusta su estilo de conversación. Pero hay algunos americanos encantadores. Nunca vi nada tan hospitalario. Hay algo que hacer todos los días. No hay mucho baile; pero debo decir que nunca pensé que el baile lo fuera todo. Siempre me gustó la conversación. Supongo que tendré mucha en casa de la señora Walker, sus habitaciones

son tan pequeñas. —Cuando hubieron pasado la puerta de los Jardines Pin-
cianos, la señorita Miller comenzó a preguntarse dónde podría estar el señor
Giovanelli.

—Será mejor que vayamos directamente a ese lugar de enfrente —dijo
—, donde se contempla la vista.

—Ciertamente no te ayudaré a encontrarlo —declaró Winterbourne.

—Entonces lo encontraré sin ti —dijo la señorita Daisy.

—¡Ciertamente no me dejarás! —exclamó Winterbourne.

Ella soltó su risita.

—¿Tienes miedo de perderte... o de que te atropellen? Pero ahí está Gio-
vanelli, apoyado en ese árbol. Está mirando fijamente a las mujeres de los
carruajes: ¿has visto alguna vez algo tan fresco?

Winterbourne percibió a cierta distancia a un hombrecillo de pie con los
brazos cruzados, sosteniendo su bastón. Tenía un rostro hermoso, un som-
brero ingeniosamente colocado, un monóculo en un ojo y un ramillete en el
ojal. Winterbourne lo miró un momento y luego dijo:

—¿Piensas hablar con ese hombre?

—¿Que si pienso hablarle? ¡Bueno, no supondrás que pienso comunicar-
me por señas!

—Entonces, por favor, comprende —dijo Winterbourne— que tengo la
intención de permanecer contigo.

Daisy se detuvo y lo miró, sin rastro de conciencia turbada en su rostro;
con nada más que la presencia de sus encantadores ojos y sus felices hoyue-
los. «¡Vaya, qué fresca es!», pensó el joven.

—No me gusta cómo dices eso —dijo Daisy—. Es demasiado imperioso.

—Le pido perdón si lo digo mal. Lo principal es darle una idea de mi
intención.

La joven lo miró más seriamente, pero con ojos que eran más bonitos que
nunca.

—Nunca he permitido que un caballero me dicte órdenes, ni que interfie-
ra en nada de lo que hago.

—Creo que te has equivocado —dijo Winterbourne—. A veces deberías escuchar a un caballero... al correcto.

Daisy comenzó a reír de nuevo.

—¡No hago más que escuchar a caballeros! —exclamó—. Dime si el señor Giovanelli es el correcto.

El caballero con el ramillete en el pecho había percibido ahora a nuestros dos amigos, y se acercaba a la joven con obsequiosa rapidez. Hizo una reverencia tanto a Winterbourne como a la compañera de este; tenía una sonrisa brillante, una mirada inteligente; Winterbourne pensó que no era un tipo mal parecido. Pero, no obstante, le dijo a Daisy:

—No, no es el correcto.

Daisy evidentemente tenía un talento natural para hacer presentaciones; mencionó el nombre de cada uno de sus compañeros al otro. Paseaba con uno de ellos a cada lado; el señor Giovanelli, que hablaba inglés con mucha habilidad —Winterbourne supo después que había practicado el idioma con muchísimas herederas americanas— le dirigía una gran cantidad de tonterías muy educadas; era extremadamente urbano, y el joven americano, que no decía nada, reflexionaba sobre esa profundidad de la inteligencia italiana que permite a la gente parecer más amable en proporción a lo agudamente decepcionados que estén. Giovanelli, por supuesto, había contado con algo más íntimo; no había negociado una partida de tres. Pero mantuvo la compostura de una manera que sugería intenciones de largo alcance. Winterbourne se halagó pensando que le había tomado la medida. «No es un caballero —dijo el joven americano—; es solo una hábil imitación de uno. Es un maestro de música, o un escritorzuelo, o un artista de tercera. ¡Maldita sea su buena apariencia!». El señor Giovanelli ciertamente tenía un rostro muy bonito; pero Winterbourne sintió una indignación superior por el hecho de que su encantadora compatriota no supiera distinguir entre un caballero falso y uno auténtico. Giovanelli parloteaba y bromeaba, y se hacía maravillosamente agradable. Era cierto que, si era una imitación, la imitación era brillante. «No obstante —se dijo Winterbourne—, ¡una chica agradable debería saberlo!». Y entonces volvió a la cuestión de si esta era, de hecho, una chica agradable. ¿Una chica agradable, incluso admitiendo que fuera una pequeña coqueta americana, concertaría una cita con un extranjero presumiblemente de baja estofa? La cita en este caso, de hecho, había sido a plena

luz del día, y en el rincón más concurrido de Roma; pero, ¿no era imposible considerar la elección de estas circunstancias como una prueba de extremo cinismo? Por singular que parezca, a Winterbourne le molestó que la joven, al unirse a su *amorado*, no pareciera más impaciente por su propia compañía, y le molestó debido a su inclinación. Era imposible considerarla una joven perfectamente bien educada; le faltaba cierta delicadeza indispensable. Por lo tanto, simplificaría mucho las cosas poder tratarla como objeto de uno de esos sentimientos que los novelistas llaman «pasiones desenfrenadas». Que ella pareciera desear deshacerse de él le ayudaría a pensar más a la ligera de ella, y poder pensar más a la ligera de ella la haría mucho menos desconcertante. Pero Daisy, en esta ocasión, continuó presentándose como una inscrutable combinación de audacia e inocencia.

Llevaba caminando un cuarto de hora, acompañada por sus dos caballeros, y respondiendo en un tono de alegría muy infantil, según le pareció a Winterbourne, a los bonitos discursos del señor Giovanelli, cuando un carruaje que se había separado del tren giratorio se detuvo junto al sendero. En el mismo momento Winterbourne percibió que su amiga, la señora Walker —la dama cuya casa había abandonado recientemente—, estaba sentada en el vehículo y le hacía señas. Dejando el lado de la señorita Miller, se apresuró a obedecer su llamada. La señora Walker estaba sonrojada; tenía un aire excitado.

—Es realmente demasiado terrible —dijo—. Esa chica no debe hacer este tipo de cosas. No debe caminar aquí con ustedes dos. Cincuenta personas la han visto.

Winterbourne enarcó las cejas.

—Creo que es una lástima armar tanto escándalo por ello.

—¡Es una lástima dejar que la chica se arruine!

—Es muy inocente —dijo Winterbourne.

—¡Está muy loca! —exclamó la señora Walker—. ¿Has visto alguna vez algo tan imbécil como su madre? Después de que todos ustedes me dejaran hace un momento, no podía quedarme quieta pensando en ello. Parecía demasiado lastimoso ni siquiera intentar salvarla. Ordené el carruaje, me puse el sombrero y vine aquí lo más rápido posible. ¡Gracias al Cielo que te he encontrado!

—¿Qué se propone hacer con nosotros? —preguntó Winterbourne, sonriendo.

—Pedirle que suba, pasearla por aquí durante media hora, para que el mundo vea que no anda completamente desbocada, y luego llevarla a casa sana y salva.

—No creo que sea una idea muy feliz —dijo Winterbourne—; pero puede intentarlo.

La señora Walker lo intentó. El joven fue en busca de la señorita Miller, que simplemente había asentido y sonreído a su interlocutora en el carruaje, y había seguido su camino con su compañero. Daisy, al enterarse de que la señora Walker deseaba hablar con ella, retrocedió sobre sus pasos con perfecta buena gracia y con el señor Giovanelli a su lado. Declaró que estaba encantada de tener la oportunidad de presentar a este caballero a la señora Walker. Inmediatamente hizo la presentación y declaró que nunca en su vida había visto nada tan encantador como la manta de viaje de la señora Walker.

—Me alegro de que la admire —dijo esta dama, sonriendo dulcemente—. ¿Quiere subir y dejar que se la ponga encima?

—Oh no, gracias —dijo Daisy—. La admiraré mucho más viéndola pasear con ella.

—¡Suba y pasee conmigo! —dijo la señora Walker.

—¡Eso sería encantador, pero es tan encantador así como estoy! —y Daisy lanzó una brillante mirada a los caballeros a cada lado de ella.

—Puede que sea encantador, querida niña, pero no es la costumbre aquí —insistió la señora Walker, inclinándose hacia adelante en su victoria, con las manos devotamente entrelazadas.

—¡Bueno, entonces debería serlo! —dijo Daisy—. Si no caminara, me moriría.

—Deberías caminar con tu madre, querida —exclamó la dama de Ginebra, perdiendo la paciencia.

—¡Mi madre querida! —exclamó la joven. Winterbourne vio que olfateaba la interferencia—. Mi madre no ha caminado ni diez pasos en su vida. Y

además, ya sabes —añadió, con una carcajada—, tengo más de cinco años.

—Eres lo suficientemente mayor como para ser más razonable. Eres lo suficientemente mayor, querida señorita Miller, como para que se hable de ti.

Daisy miró a la señora Walker, sonriendo intensamente.

—¿Que se hable de mí? ¿Qué quiere decir?

—Sube a mi carruaje y te lo diré.

Daisy volvió su mirada vivaz de uno de los caballeros a su lado al otro. El señor Giovanelli se inclinaba de un lado a otro, alisándose los guantes y riendo muy agradablemente; Winterbourne pensó que era una escena de lo más desagradable.

—No creo que quiera saber lo que quiere decir —dijo Daisy, al poco—. No creo que me gustara.

Winterbourne deseó que la señora Walker guardara su manta de viaje y se marchara; pero a esta dama no le gustaba que la desafiaran, como le dijo después.

—¿Preferiría que la consideraran una chica muy imprudente? —demandó ella.

—¡Cielo santo! —exclamó Daisy. Volvió a mirar al señor Giovanelli, luego se volvió hacia Winterbourne. Tenía un ligero rubor rosado en la mejilla; estaba tremendamente guapa.

—¿Cree el señor Winterbourne —preguntó, lentamente, sonriendo, echando la cabeza hacia atrás y mirándolo de pies a cabeza— que, para salvar mi reputación, debería subir al carruaje?

Winterbourne se sonrojó; por un instante vaciló mucho. Parecía tan extraño oírle hablar de esa manera de su «reputación». Pero él mismo, de hecho, debía hablar de acuerdo con la galantería. La galantería más fina, aquí, era simplemente decirle la verdad; y la verdad, para Winterbourne, como las pocas indicaciones que he podido dar lo han dado a conocer al lector, era que Daisy Miller debía seguir el consejo de la señora Walker. Miró su exquisita belleza, y luego dijo, muy suavemente:

—Creo que deberías subir al carruaje.

Daisy soltó una carcajada violenta.

—¡Nunca oí nada tan estirado! Si esto es impropio, señora Walker —prosiguió—, entonces yo soy toda impropia, y debe renunciar a mí. ¡Adiós; espero que tenga un paseo encantador! —y, con el señor Giovanelli, que hizo un saludo triunfalmente obsequioso, se alejó.

La señora Walker se quedó mirándola, y había lágrimas en los ojos de la señora Walker.

—Suba aquí, señor —le dijo a Winterbourne, indicando el lugar a su lado. El joven respondió que se sentía obligado a acompañar a la señorita Miller; ante lo cual la señora Walker declaró que si él le negaba este favor, nunca más le dirigiría la palabra. Evidentemente hablaba en serio. Winterbourne alcanzó a Daisy y a su compañero y, ofreciéndole la mano a la joven, le dijo que la señora Walker había reclamado imperiosamente su compañía. Esperaba que en respuesta ella dijera algo bastante libre, algo que la comprometiera aún más con esa «imprudencia» de la que la señora Walker tan caritativamente había intentado disuadirla. Pero ella solo le estrechó la mano, apenas mirándolo; mientras que el señor Giovanelli se despidió de él con un saludo demasiado enfático con el sombrero.

Winterbourne no estaba del mejor humor posible cuando tomó asiento en la victoria de la señora Walker.

—Eso no fue inteligente por tu parte —dijo, con franqueza, mientras el vehículo se mezclaba de nuevo con la multitud de carruajes.

—En tal caso —respondió su compañera—, no deseo ser lista; ¡deseo ser seria!

—Bueno, tu seriedad solo la ha ofendido y la ha ahuyentado.

—Ha salido muy bien —dijo la señora Walker—. Si está tan perfectamente decidida a comprometerse, cuanto antes se sepa, mejor; se puede actuar en consecuencia.

—Sospecho que no tenía mala intención —replicó Winterbourne.

—Eso pensé hace un mes. Pero ha ido demasiado lejos.

—¿Qué ha estado haciendo?

— Todo lo que no se hace aquí. Coqueteando con cualquier hombre que pudiera encontrar; sentándose en rincones con italianos misteriosos; bailando toda la noche con las mismas parejas; recibiendo visitas a las once de la noche. Su madre se va cuando llegan las visitas.

— Pero su hermano —dijo Winterbourne, riendo—, se queda despierto hasta medianoche.

— Debe de sentirse edificado por lo que ve. Me han dicho que en su hotel todo el mundo habla de ella, y que una sonrisa circula entre todos los sirvientes cuando un caballero viene y pregunta por la señorita Miller.

— ¡Al diablo con los sirvientes! —dijo Winterbourne, airadamente—. La única falta de la pobre chica —añadió al poco— es que es muy inculta.

— Es naturalmente ordinaria —declaró la señora Walker—. Tome ese ejemplo de esta mañana. ¿Cuánto tiempo la conocía usted en Vevay?

— Un par de días.

— ¡Imagínese, entonces, que ella hiciera una cuestión personal el que usted se hubiera marchado del lugar!

Winterbourne guardó silencio unos momentos; luego dijo:

— Sospecho, señora Walker, ¡que usted y yo hemos vivido demasiado tiempo en Ginebra! —Y añadió una petición de que le informara con qué particular designio lo había hecho entrar en su carruaje.

— Deseaba rogarle que cesara sus relaciones con la señorita Miller: que no coqueteara con ella, que no le diera más oportunidades de exponerse; en resumen, que la dejara en paz.

— Me temo que no puedo hacer eso —dijo Winterbourne—. Me gusta muchísimo.

— Razón de más para que no la ayudes a armar un escándalo.

— No habrá nada escandaloso en mis atenciones hacia ella.

— Ciertamente lo habrá en la forma en que ella las tome. Pero he dicho lo que tenía en mi conciencia —prosiguió la señora Walker—. Si desea reunirse con la joven, lo dejaré. Aquí, por cierto, tiene una oportunidad.

El carruaje atravesaba esa parte del Jardín Pincio que se asoma sobre la muralla de Roma y domina la hermosa Villa Borghese. Está bordeado por un gran parapeto, cerca del cual hay varios asientos. Uno de los asientos a lo lejos estaba ocupado por un caballero y una dama, hacia quienes la señora Walker hizo un movimiento de cabeza. En el mismo momento estas personas se levantaron y caminaron hacia el parapeto. Winterbourne le había pedido al cochero que se detuviera; ahora descendió del carruaje. Su compañera lo miró un momento en silencio; luego, mientras él se quitaba el sombrero, ella se alejó majestuosamente. Winterbourne se quedó allí; había vuelto los ojos hacia Daisy y su caballero. Evidentemente no veían a nadie; estaban demasiado absortos el uno en el otro. Cuando llegaron al bajo muro del jardín, se detuvieron un momento mirando los grandes grupos de pinos de copa plana de la Villa Borghese; luego Giovanelli se sentó, familiarmente, sobre el ancho reborde del muro. El sol poniente en el cielo opuesto envió un brillante rayo de sol que atravesaba un par de barras de nubes, tras lo cual el compañero de Daisy le quitó la sombrilla de las manos y la abrió. Ella se acercó un poco más, y él sostuvo la sombrilla sobre ella; luego, sin dejar de sostenerla, la dejó descansar sobre el hombro de ella, de modo que ambas cabezas quedaron ocultas para Winterbourne. Este joven se demoró un momento, luego comenzó a caminar. Pero caminó, no hacia la pareja con la sombrilla; hacia la residencia de su tía, la señora Costello.

Al día siguiente se congratuló de que, al menos cuando él preguntó por la señora Miller en su hotel, no hubiera sonrisas entre los criados. Esta dama y su hija, sin embargo, no estaban en casa; y al día siguiente, repitiendo su visita, Winterbourne tuvo de nuevo la desgracia de no encontrarlas. La fiesta de la señora Walker tuvo lugar la noche del tercer día y, a pesar de la frigidez de su última entrevista con la anfitriona, Winterbourne se encontraba entre los invitados. La señora Walker era una de esas damas americanas que, mientras residen en el extranjero, se empeñan, según su propia frase, en estudiar la sociedad europea; y en esta ocasión había reunido varios especímenes de sus congéneres de diverso origen para que sirvieran, por así decirlo, de libros de texto. Cuando Winterbourne llegó, Daisy Miller no estaba allí, pero a los pocos momentos vio entrar sola a su madre, muy tímida y con aire compungido. El cabello de la señora Miller sobre sus sienes de aspecto despejado estaba más ensortijado que nunca. Mientras se acercaba a la señora Walker, Winterbourne también se aproximó.

— Ya ve, he venido completamente sola —dijo la pobre señora Miller—. Estoy tan asustada; no sé qué hacer. Es la primera vez que voy sola a una fiesta, especialmente en este país. Quería traer a Randolph o a Eugenio, o a alguien, pero Daisy simplemente me empujó sola. No estoy acostumbrada a andar sola.

—¿Y no tiene intención su hija de honrarnos con su compañía? —demandó la señora Walker, de forma impresionante.

— Bueno, Daisy está completamente vestida —dijo la señora Miller, con ese acento de historiadora desapasionada, si no filosófica, con el que siempre registraba los incidentes actuales de la carrera de su hija—. Se vistió a propósito antes de la cena. Pero tiene allí a un amigo suyo; ese caballero... el italiano... el que quería traer. Se han puesto a tocar el piano; parece como si no pudieran parar. El señor Giovanelli canta espléndidamente. Pero supongo que vendrán dentro de poco —concluyó la señora Miller, esperanzada.

— Lamento que venga de esa manera —dijo la señora Walker.

— Bueno, le dije que no servía de nada que se vistiera antes de la cena si iba a esperar tres horas —respondió la mamá de Daisy—. No le veía el sentido a que se pusiera un vestido como ese para sentarse con el señor Giovanelli.

— ¡Esto es de lo más horrible! —dijo la señora Walker, volviéndose y dirigiéndose a Winterbourne—. *Elle s'affiche*. Es su venganza por haberme atrevido a reprenderla. Cuando venga, no le hablaré.

Daisy llegó después de las once; pero no era, en tal ocasión, una joven que esperara a que le hablaran. Avanzó con un frufrú de sedas, radiante de belleza, sonriendo y parloteando, llevando un gran ramo de flores y acompañada por el señor Giovanelli. Todos dejaron de hablar, se volvieron y la miraron. Fue directamente hacia la señora Walker.

— Me temo que pensó que nunca vendría, así que envié a madre para que se lo dijera. Quería que el señor Giovanelli practicara algunas cosas antes de venir; ya sabe que canta maravillosamente, y quiero que le pida que cante. Este es el señor Giovanelli; ya sabe que se lo presenté; tiene la voz más encantadora y conoce el conjunto de canciones más encantador. Le hice repasarlas esta noche a propósito; lo pasamos de maravilla en el hotel. —De

todo esto Daisy se despachó con la más dulce y brillante audibilidad, mirando ora a su anfitriona, ora alrededor de la habitación, mientras daba una serie de golpecitos, alrededor de sus hombros, a los bordes de su vestido.

—¿Hay alguien a quien conozca? —preguntó.

—¡Creo que todo el mundo la conoce a usted! —dijo la señora Walker, preñada de significado, y dedicó un saludo muy superficial al señor Giovannelli. Este caballero se comportó con galantería. Sonrió e hizo una reverencia, y mostró sus blancos dientes; se atusó los bigotes y puso los ojos en blanco, y desempeñó todas las funciones propias de un italiano apuesto en una fiesta nocturna. Cantó muy lindamente media docena de canciones, aunque la señora Walker declaró después que había sido completamente incapaz de averiguar quién se lo había pedido. Aparentemente no fue Daisy quien le había dado las órdenes. Daisy se sentó a distancia del piano; y aunque había profesado públicamente, por así decirlo, una gran admiración por su canto, hablaba, de forma no inaudible, mientras este transcurría.

—Es una lástima que estas habitaciones sean tan pequeñas; no podemos bailar —le dijo a Winterbourne, como si lo hubiera visto cinco minutos antes.

—No lamento que no podamos bailar —respondió Winterbourne—; yo no bailo.

—Por supuesto que no bailas; eres demasiado estirado —dijo la señorita Daisy—. ¡Espero que disfrutaras de tu paseo con la señora Walker!

—No, no lo disfruté; prefería caminar contigo.

—Nos emparejamos: eso fue mucho mejor —dijo Daisy—. Pero, ¿has oído alguna vez algo tan fresco como que la señora Walker quisiera que subiera a su carruaje y dejara plantado al pobre señor Giovanelli, y con el pretexto de que era lo correcto? ¡La gente tiene ideas diferentes! Habría sido de lo más cruel; llevaba diez días hablando de ese paseo.

—No debería haber hablado de ello en absoluto —dijo Winterbourne—; nunca le habría propuesto a una joven de este país pasear por las calles con él.

—¿Por las calles? —exclamó Daisy, con su bonita mirada fija—. Entonces, ¿dónde le habría propuesto pasear? El Pincio tampoco son las calles; y

yo, gracias a Dios, no soy una joven de este país. Las señoritas de este país tienen una vida terriblemente sosa, por lo que he podido averiguar; no veo por qué debería cambiar mis costumbres por ellas.

—Me temo que tus costumbres son las de una coqueta —dijo Winterbourne, gravemente.

—¡Por supuesto que lo son! —exclamó ella, dedicándole de nuevo su pequeña mirada sonriente—. ¡Soy una coqueta terrible, espantosa! ¿Has oído hablar alguna vez de una chica agradable que no lo fuera? Pero supongo que ahora me dirás que no soy una chica agradable.

—Eres una chica muy agradable; pero desearía que coquetearas conmigo, y solo conmigo —dijo Winterbourne.

—¡Ah! Gracias... muchas gracias; eres el último hombre con el que se me ocurriría coquetear. Como he tenido el placer de informarte, eres demasiado estirado.

—Dices eso con demasiada frecuencia —dijo Winterbourne.

Daisy soltó una carcajada encantada.

—Si pudiera tener la dulce esperanza de hacerte enfadar, lo diría de nuevo.

—No hagas eso; cuando estoy enfadado soy más estirado que nunca. Pero si no quieres coquetear conmigo, deja al menos de coquetear con tu amigo del piano; aquí no entienden ese tipo de cosas.

—¡Pensé que no entendían otra cosa! —exclamó Daisy.

—No en jóvenes solteras.

—A mí me parece mucho más apropiado en jóvenes solteras que en viejas casadas —declaró Daisy.

—Bueno —dijo Winterbourne—, cuando tratas con nativos debes seguir la costumbre del lugar. El coqueteo es una costumbre puramente americana; aquí no existe. Así que cuando te muestras en público con el señor Giovannelli, y sin tu madre...

—¡Cielo santo! ¡Pobre madre! —interpuso Daisy.

— Aunque tú puedas estar coqueteando, el señor Giovanelli no lo hace; él tiene otras intenciones.

— Al menos no está predicando —dijo Daisy, con vivacidad—. Y si tienes muchas ganas de saberlo, ninguno de los dos estamos coqueteando; somos demasiado buenos amigos para eso: somos amigos muy íntimos.

— ¡Ah! —replicó Winterbourne—, si estáis enamorados el uno del otro, es otro asunto.

Ella le había permitido hasta este punto hablar con tanta franqueza que no esperaba escandalizarla con esta exclamación; pero ella se levantó inmediatamente, sonrojándose visiblemente, y dejándolo exclamar mentalmente que las pequeñas coquetas americanas eran las criaturas más extrañas del mundo.

— El señor Giovanelli, al menos —dijo, dedicando una sola mirada a su interlocutor—, nunca me dice cosas tan desagradables.

Winterbourne estaba desconcertado; se quedó mirando. El señor Giovanelli había terminado de cantar. Dejó el piano y se acercó a Daisy.

— ¿No quieres pasar a la otra habitación a tomar un té? —preguntó, incliniéndose ante ella con su sonrisa ornamental.

Daisy se volvió hacia Winterbourne, comenzando a sonreír de nuevo. Él estaba aún más perplejo, pues esta sonrisa intrascendente no aclaraba nada, aunque parecía probar, de hecho, que ella poseía una dulzura y una suavidad que volvían instintivamente al perdón de las ofensas.

— Nunca se le ha ocurrido al señor Winterbourne ofrecerme un té —dijo ella, con su manera un tanto atormentadora.

— Te he ofrecido consejo —replicó Winterbourne.

— ¡Prefiero el té flojo! —exclamó Daisy, y se fue con el brillante Giovanelli. Se sentó con él en la habitación contigua, en el hueco de la ventana, durante el resto de la noche. Hubo una interesante actuación al piano, pero ninguno de estos jóvenes le prestó atención. Cuando Daisy vino a despedirse de la señora Walker, esta dama reparó concienzudamente la debilidad de la que había sido culpable en el momento de la llegada de la joven. Le dio la espalda directamente a la señorita Miller, y la dejó marcharse con la gracia que pudiera. Winterbourne estaba de pie cerca de la puerta; lo vio todo.

Daisy se puso muy pálida y miró a su madre; pero la señora Miller era humildemente inconsciente de cualquier violación de las formas sociales usuales. Parecía, de hecho, haber sentido un impulso incongruente de llamar la atención sobre su propia y sorprendente observancia de ellas.

— Buenas noches, señora Walker — dijo —; hemos pasado una velada maravillosa. Ya ve, si dejas que Daisy venga a las fiestas sin mí, no quiero que se vaya sin mí. — Daisy se dio la vuelta, mirando con un rostro pálido y grave al círculo cercano a la puerta; Winterbourne vio que, por un primer momento, estaba demasiado conmovida y perpleja incluso para la indignación. Él, por su parte, estaba muy conmovido.

— Eso fue muy cruel — le dijo a la señora Walker.

— ¡No volverá a entrar en mi salón! — replicó su anfitriona.

Como Winterbourne no iba a encontrarse con ella en el salón de la señora Walker, iba tan a menudo como le era posible al hotel de la señora Miller. Las damas rara vez estaban en casa; pero cuando las encontraba, el devoto Giovanelli siempre estaba presente. Muy a menudo el brillante pequeño romano estaba en el salón solo con Daisy, siendo la señora Miller aparentemente de la opinión constante de que la discreción es la mejor parte de la vigilancia. Winterbourne notó, al principio con sorpresa, que Daisy en estas ocasiones nunca se sentía avergonzada o molesta por su propia entrada; pero muy pronto comenzó a sentir que ella ya no tenía más sorpresas para él; lo inesperado en su comportamiento era lo único que se podía esperar. No mostraba ningún disgusto por la interrupción de su *tête-à-tête* con Giovanelli; podía parlotear tan fresca y libremente con dos caballeros como con uno; siempre había, en su conversación, la misma extraña mezcla de audacia y puerilidad. Winterbourne se dijo a sí mismo que si ella estaba seriamente interesada en Giovanelli, era muy singular que no se tomara más molestias en preservar la santidad de sus entrevistas; y le gustaba más por su indiferencia de aspecto inocente y su aparentemente inagotable buen humor. Apenas habría podido decir por qué, pero le parecía una chica que nunca sería celosa. A riesgo de provocar una sonrisa un tanto burlona por parte del lector, puedo afirmar que con respecto a las mujeres que hasta entonces le habían interesado, muy a menudo le parecía a Winterbourne entre las posibilidades que, dadas ciertas contingencias, debería tener miedo — literalmente miedo — de estas damas; tenía la agradable sensación de que nunca

tendría miedo de Daisy Miller. Hay que añadir que este sentimiento no era del todo halagador para Daisy; era parte de su convicción, o más bien de su aprensión, de que resultaría ser una joven muy ligera.

Pero evidentemente estaba muy interesada en Giovanelli. Lo miraba cada vez que él hablaba; le decía perpetuamente que hiciera esto y aquello; constantemente lo «fastidiaba» y lo insultaba. Parecía haber olvidado por completo que Winterbourne le había dicho algo que la disgustara en la pequeña fiesta de la señora Walker. Un domingo por la tarde, habiendo ido a San Pedro con su tía, Winterbourne percibió a Daisy paseando por la gran iglesia en compañía del inevitable Giovanelli. Al poco rato señaló a la joven y a su caballero a la señora Costello. Esta dama los miró un momento a través de sus impertinentes, y luego dijo:

—Eso es lo que te tiene tan pensativo estos días, ¿eh?

—No tenía la menor idea de que estuviera pensativo —dijo el joven.

—Estás muy preocupado; estás pensando en algo.

—¿Y en qué —preguntó él— me acusas de estar pensando?

—En la... intriga de esa joven, la señorita Baker, la señorita Chandler... ¿cómo se llama?... la señorita Miller, con ese muñeco de barbero.

—¿Lo llamas una intriga —preguntó Winterbourne—, un asunto que transcurre con tan peculiar publicidad?

—Esa es su locura —dijo la señora Costello—; no es su mérito.

—No —replicó Winterbourne, con algo de esa pensatividad a la que su tía había aludido—. No creo que haya nada que pueda llamarse una intriga.

—He oído a una docena de personas hablar de ello; dicen que está completamente loca por él.

—Ciertamente son muy íntimos —dijo Winterbourne.

La señora Costello inspeccionó de nuevo a la joven pareja con su instrumento óptico.

—Es muy guapo. Se ve fácilmente cómo es. Ella lo considera el hombre más elegante del mundo, el caballero más distinguido. Nunca ha visto nada igual; es mejor, incluso, que el mensajero. Probablemente fue el mensajero

quien lo presentó; y si logra casarse con la joven, el mensajero recibirá una magnífica comisión.

—No creo que ella piense en casarse con él —dijo Winterbourne—, y no creo que él espere casarse con ella.

—Puedes estar muy seguro de que ella no piensa en nada. Va de día en día, de hora en hora, como en la Edad de Oro. No puedo imaginar nada más vulgar. Y al mismo tiempo —añadió la señora Costello—, puedes estar seguro de que en cualquier momento puede decirte que está «comprometida».

—Creo que eso es más de lo que Giovanelli espera —dijo Winterbourne.

—¿Quién es Giovanelli?

—El pequeño italiano. He hecho preguntas sobre él y he averiguado algo. Aparentemente es un hombrecillo perfectamente respetable. Creo que es, en pequeña medida, un *cavaliere avvocato*. Pero no se mueve en lo que se llaman los primeros círculos. Creo que realmente no es absolutamente imposible que el mensajero lo presentara. Evidentemente está inmensamente encantado con la señorita Miller. Si ella lo considera el caballero más distinguido del mundo, él, por su parte, nunca se ha encontrado en contacto personal con tal esplendor, tal opulencia, tal suntuosidad, como la de esta joven. Y además debe parecerle maravillosamente guapa e interesante. Dudo bastante que sueñe con casarse con ella. Eso debe parecerle una suerte demasiado imposible. No tiene más que su hermoso rostro que ofrecer, y hay un sustancial señor Miller en esa misteriosa tierra de los dólares. Giovanelli sabe que no tiene un título que ofrecer. ¡Si tan solo fuera un conde o un *marqués*! Debe asombrarse de su suerte, de la forma en que lo han acogido.

—¡Él lo atribuye a su hermoso rostro, y considera a la señorita Miller una joven *qui se passe ses fantaisies*! —dijo la señora Costello.

—Es muy cierto —prosiguió Winterbourne— que Daisy y su mamá aún no han llegado a esa etapa de... ¿cómo lo llamaré?... de cultura en la que comienza la idea de atrapar a un conde o un *marqués*. Creo que son intelectualmente incapaces de esa concepción.

—¡Ah! Pero el *avvocato* no puede creerlo —dijo la señora Costello.

De la observación suscitada por la «intriga» de Daisy, Winterbourne reunió aquel día en San Pedro pruebas suficientes. Una docena de colonos

americanos en Roma vinieron a hablar con la señora Costello, que estaba sentada en un pequeño taburete portátil al pie de una de las grandes pilas-tras. El servicio de vísperas se desarrollaba con espléndidos cánticos y tonos de órgano en el coro adyacente, y mientras tanto, entre la señora Costello y sus amigos, se habló mucho de que la pobre señorita Miller realmente iba «demasiado lejos». A Winterbourne no le gustó lo que oyó; pero cuando, al salir a los grandes escalones de la iglesia, vio a Daisy, que había salido antes que él, subir a un coche descubierto con su cómplice y alejarse por las cénicas calles de Roma, no pudo negarse a sí mismo que realmente iba muy lejos. Sintió mucha pena por ella; no exactamente porque creyera que había perdido por completo la cabeza, sino porque era doloroso oír que tanto de lo que era bonito, indefenso y natural, fuera asignado a un lugar vulgar entre las categorías del desorden. Después de esto intentó dar una indirecta a la señora Miller. Un día se encontró en el Corso con un amigo, un turista como él, que acababa de salir del Palacio Doria, donde había estado paseando por la hermosa galería. Su amigo habló un momento sobre el soberbio retrato de Inocencio X de Velázquez que cuelga en uno de los gabinetes del palacio, y luego dijo: «Y en el mismo gabinete, por cierto, tuve el placer de contemplar un cuadro de diferente tipo: esa guapa chica americana que me señalaste la semana pasada». En respuesta a las preguntas de Winterbourne, su amigo narró que la guapa chica americana —más guapa que nunca— estaba sentada con un compañero en el apartado rincón en el que se veneraba el gran retrato papal.

—¿Quién era su compañero? —preguntó Winterbourne.

—Un pequeño italiano con un ramillete en el ojal. La chica es deliciosamente guapa, pero el otro día creí entender por ti que era una joven *du meilleur monde*.

—¡Pues lo es! —respondió Winterbourne; y habiéndose asegurado de que su informante había visto a Daisy y a su compañero hacía solo cinco minutos, saltó a un coche y fue a visitar a la señora Miller. Ella estaba en casa; pero se disculpó por recibirlo en ausencia de Daisy.

—Se ha ido a alguna parte con el señor Giovanelli —dijo la señora Miller—. Siempre anda por ahí con el señor Giovanelli.

—He notado que son muy íntimos —observó Winterbourne.

—¡Oh, parece como si no pudieran vivir el uno sin el otro! —dijo la señora Miller—. Bueno, de todas formas es un verdadero caballero. ¡No dejo de decirle a Daisy que está comprometida!

—¿Y qué dice Daisy?

—Oh, dice que no está comprometida. ¡Pero bien podría estarlo! —prosiguió esta imparcial madre—; actúa como si lo estuviera. Pero le he hecho prometer al señor Giovanelli que me lo dirá, si *ella* no lo hace. Querría escribirle al señor Miller al respecto... ¿no cree usted?

Winterbourne respondió que ciertamente lo haría; y el estado de ánimo de la mamá de Daisy le pareció tan sin precedentes en los anales de la vigilancia paterna que renunció como completamente irrelevante al intento de ponerla sobre aviso.

Después de esto, Daisy nunca estaba en casa, y Winterbourne dejó de encontrarla en las casas de sus conocidos comunes, porque, según percibió, esta gente astuta se había convencido por completo de que iba demasiado lejos. Dejaron de invitarla; e insinuaron que deseaban expresar a los observadores europeos la gran verdad de que, aunque la señorita Daisy Miller era una joven americana, su comportamiento no era representativo, era considerado por sus compatriotas como anormal. Winterbourne se preguntó cómo se sentiría ella ante todos los desplantes que le hacían, y a veces le molestaba sospechar que no sentía nada en absoluto. Se decía a sí mismo que era demasiado ligera e infantil, demasiado inculta e irracional, demasiado provinciana, para haber reflexionado sobre su ostracismo, o incluso para haberlo percibido. Luego, en otros momentos, creía que llevaba en su elegante e irresponsable pequeño organismo una conciencia desafiante, apasionada y perfectamente observadora de la impresión que producía. Se preguntó si el desafío de Daisy provenía de la conciencia de la inocencia, o de ser, esencialmente, una joven de la clase imprudente. Hay que admitir que aferrarse a la creencia en la «inocencia» de Daisy llegó a parecerle a Winterbourne cada vez más una cuestión de galantería sutil. Como ya he tenido ocasión de relatar, le enfadaba verse reducido a hacer distinguos lógicos sobre esta joven; le molestaba su falta de certeza instintiva sobre hasta qué punto sus excentricidades eran genéricas, nacionales, y hasta qué punto personales. Desde cualquier punto de vista, de alguna manera la había perdido, y ahora ya era demasiado tarde. Estaba «loca por» el señor Giovanelli.

Pocos días después de su breve entrevista con la madre de ella, la encontró en aquella hermosa morada de florida desolación conocida como el Palacio de los Césares. La temprana primavera romana había llenado el aire de flores y perfumes, y la agreste superficie del Palatino estaba cubierta de tierna vegetación. Daisy paseaba por la cima de uno de esos grandes montículos de ruinas que están bordeados de mármol musgoso y pavimentados con inscripciones monumentales. Le pareció que Roma nunca había sido tan encantadora como entonces. Se quedó mirando la encantadora armonía de líneas y colores que rodea remotamente la ciudad, inhalando los olores suavemente húmedos, y sintiendo cómo la frescura del año y la antigüedad del lugar se reafirmaban en una misteriosa interpenetración. También le pareció que Daisy nunca había estado tan guapa; pero esta había sido una observación suya cada vez que la encontraba. Giovanelli estaba a su lado, y Giovanelli también lucía un aspecto de brillo incluso desacostumbrado.

—Bueno —dijo Daisy—, ¡deberías sentirte solo!

—¿Solo? —preguntó Winterbourne.

—Siempre andas solo. ¿No puedes conseguir a nadie que camine contigo?

—No soy tan afortunado —dijo Winterbourne— como tu compañero.

Giovanelli, desde el principio, había tratado a Winterbourne con distinguida cortesía. Escuchaba con aire deferente sus comentarios; reía puntualmente sus bromas; parecía dispuesto a testificar su creencia de que Winterbourne era un joven superior. No se comportaba en absoluto como un pretendiente celoso; evidentemente tenía mucho tacto; no tenía ninguna objeción a que esperaras un poco de humildad de él. Incluso a Winterbourne le parecía a veces que Giovanelli encontraría cierto alivio mental en poder tener un entendimiento privado con él, en decirle, como hombre inteligente, que, ¡Dios te bendiga!, *él* sabía lo extraordinaria que era esta joven, y no se halagaba con esperanzas ilusorias —o al menos *demasiado* ilusorias— de matrimonio y dólares. En esta ocasión se alejó de su compañera para arrancar una ramita de flor de almendro, que colocó cuidadosamente en su ojal.

—Sé por qué dices eso —dijo Daisy, observando a Giovanelli—. Porque crees que ando demasiado con *él*. —Y asintió hacia su acompañante.

—Todo el mundo lo piensa... si te interesa saberlo —dijo Winterbourne.

—¡Por supuesto que me interesa saberlo! —exclamó Daisy, seriamente
— . Pero no me lo creo. Solo fingen estar escandalizados. En realidad no les importa un bledo lo que yo haga. Además, no salgo tanto.

—Creo que descubrirás que sí les importa. Lo demostrarán desagradablemente.

Daisy lo miró un momento.

—¿Cuán desagradablemente?

—¿No has notado nada? —preguntó Winterbourne.

—Te he notado a ti. Pero noté que eras tan estirado como un paraguas la primera vez que te vi.

—Descubrirás que no soy tan estirado como otros —dijo Winterbourne, sonriendo.

—¿Cómo lo descubriré?

—Yendo a ver a los otros.

—¿Qué me harán?

—Te darán la espalda. ¿Sabes lo que eso significa?

Daisy lo miraba intensamente; comenzó a sonrojarse.

—¿Te refieres a como hizo la señora Walker la otra noche?

—¡Exactamente! —dijo Winterbourne.

Ella desvió la mirada hacia Giovanelli, que se estaba adornando con su flor de almendro. Luego, volviendo a mirar a Winterbourne:

—¡No creería que dejaras que la gente fuera tan cruel! —dijo.

—¿Cómo puedo evitarlo? —preguntó él.

—Creería que dirías algo.

—Sí digo algo —y hizo una pausa un momento—. Digo que tu madre me dice que cree que estás comprometida.

—Bueno, lo está —dijo Daisy, muy sencillamente.

Winterbourne comenzó a reír.

—¿Y Randolph lo cree? —preguntó.

—Supongo que Randolph no cree nada —dijo Daisy. El escepticismo de Randolph excitó aún más la hilaridad de Winterbourne, y observó que Giovanelli regresaba hacia ellos. Daisy, observándolo también, se dirigió de nuevo a su compatriota.

—Ya que lo has mencionado —dijo—, estoy comprometida. * * * Winterbourne la miró; había dejado de reír.

—¡No te lo crees! —añadió ella.

Guardó silencio un momento; y luego:

—Sí, me lo creo —dijo.

—¡Oh no, no te lo crees! —respondió ella—. Bueno, entonces... ¡no lo estoy!

La joven y su cicerone se dirigían hacia la puerta del recinto, de modo que Winterbourne, que acababa de entrar, se despidió de ellos al poco rato. Una semana después fue a cenar a una hermosa villa en la colina Celio y, al llegar, despidió su vehículo de alquiler. La noche era encantadora, y se prometió la satisfacción de caminar a casa bajo el Arco de Constantino y pasar junto a los monumentos vagamente iluminados del Foro. Había una luna menguante en el cielo, y su resplandor no era brillante, pero estaba velada por una fina cortina de nubes que parecía difundirlo e igualarlo. Cuando, a su regreso de la villa (eran las once), Winterbourne se acercó al oscuro círculo del Coliseo, se le ocurrió, como amante de lo pintoresco, que el interior, a la pálida luz de la luna, bien merecería una ojeada. Se desvió y caminó hacia uno de los arcos vacíos, cerca del cual, según observó, estaba estacionado un carruaje descubierto, uno de los pequeños coches de punto romanos. Luego entró, entre las sombras cavernosas de la gran estructura, y emergió en la arena clara y silenciosa. El lugar nunca le había parecido más impresionante. La mitad del gigantesco circo estaba en profunda sombra, la otra dormía en la luminosa penumbra. Mientras estaba allí de pie, comenzó a murmurar los famosos versos de Byron, de «Manfred»; pero antes de terminar su cita recordó que si las meditaciones nocturnas en el Coliseo son recomendadas por los poetas, son desaprobadas por los médicos. La atmósfera histórica estaba allí, ciertamente; pero la atmósfera histórica, científicamente considerada, no era mejor que una miasma perversa. Winterbourne

caminó hasta el centro de la arena, para echar un vistazo más general, con la intención de retirarse apresuradamente después. La gran cruz del centro estaba cubierta de sombra; solo al acercarse a ella la distinguió claramente. Entonces vio que dos personas estaban apostadas en los bajos escalones que formaban su base. Una de ellas era una mujer, sentada; su compañero estaba de pie frente a ella.

Al poco rato, el sonido de la voz de la mujer le llegó claramente en el cálido aire nocturno.

— ¡Bueno, nos mira como uno de los viejos leones o tigres pudo haber mirado a los mártires cristianos! — Estas fueron las palabras que oyó, con el acento familiar de la señorita Daisy Miller.

— Esperemos que no tenga mucha hambre — respondió el ingenioso Giovanelli —. ¡Tendrá que comerme a mí primero; usted servirá de postre!

Winterbourne se detuvo, con una especie de horror y, hay que añadirlo, con una especie de alivio. Fue como si una súbita iluminación hubiera sido proyectada sobre la ambigüedad del comportamiento de Daisy, y el enigma se hubiera vuelto fácil de leer. Era una joven a la que un caballero ya no necesitaba esforzarse en respetar. Se quedó allí mirándola — mirando a su compañero — y sin reflexionar que, aunque los veía vagamente, él mismo debía haber sido más claramente visible. Se sintió enfadado consigo mismo por haberse preocupado tanto por la forma correcta de considerar a la señorita Daisy Miller. Luego, cuando iba a avanzar de nuevo, se contuvo; no por temor a estar cometiendo una injusticia con ella, sino por un sentimiento del peligro de parecer inapropiadamente eufórico por esta súbita repulsión de la crítica cautelosa. Se volvió hacia la entrada del lugar, pero, al hacerlo, oyó a Daisy hablar de nuevo.

— ¡Vaya, era el señor Winterbourne! ¡Me vio y me ignora!

¡Qué pequeña réproba tan lista era, y con qué inteligencia interpretaba la inocencia ultrajada! Pero él no la ignoraría. Winterbourne avanzó de nuevo y se dirigió hacia la gran cruz. Daisy se había levantado; Giovanelli se quitó el sombrero. Winterbourne había empezado ahora a pensar simplemente en la locura, desde un punto de vista sanitario, de una joven delicada holgazaneando la noche en este nido de malaria. ¿Y qué si era una pequeña réproba lista? Eso no era razón para que muriera de la perniciosa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó, casi brutalmente.

Daisy, encantadora a la halagadora luz de la luna, lo miró un momento. Luego:

—Toda la noche —respondió, suavemente—. * * * Nunca vi nada tan bonito.

—Me temo —dijo Winterbourne— que no te parecerá muy bonita la fiebre romana. Así es como la gente la coge. Me pregunto —añadió, volviéndose hacia Giovanelli— que tú, un romano nativo, apruebes tan terrible indiscreción.

—Ah —dijo el apuesto nativo—, por mí mismo no tengo miedo.

—¡Ni yo tampoco... por ti! Hablo por esta joven.

Giovanelli enarcó sus bien formadas cejas y mostró sus brillantes dientes. Pero tomó la reprimenda de Winterbourne con docilidad.

—Le dije a la Signorina que era una grave indiscreción; pero ¿cuándo ha sido prudente la Signorina?

—¡Nunca estuve enferma, y no pienso estarlo! —declaró la *Signorina*—. No parezco gran cosa, ¡pero estoy sana! Estaba decidida a ver el Coliseo a la luz de la luna; no habría querido irme a casa sin eso; y lo hemos pasado de maravilla, ¿verdad, señor Giovanelli? Si ha habido algún peligro, Eugenio puede darme algunas píldoras. Tiene unas píldoras espléndidas.

—Te aconsejaría —dijo Winterbourne— que volvieras a casa lo más rápido posible ¡y tomaras una!

—Lo que dices es muy sabio —replicó Giovanelli—. Iré a asegurarme de que el carruaje esté a mano. —Y avanzó rápidamente.

Daisy lo siguió con Winterbourne. Él no dejaba de mirarla; ella no parecía en lo más mínimo avergonzada. Winterbourne no dijo nada; Daisy parlotaba sobre la belleza del lugar.

—¡Bueno, he visto el Coliseo a la luz de la luna! —exclamó—. Eso es algo bueno. —Luego, notando el silencio de Winterbourne, le preguntó por qué no hablaba. No respondió; solo comenzó a reír. Pasaron bajo uno de los oscuros arcos; Giovanelli iba delante con el carruaje. Aquí Daisy se detuvo un momento, mirando al joven americano.

—¿Creíste que estaba comprometida, el otro día? —preguntó.

—No importa lo que creyera el otro día —dijo Winterbourne, riendo todavía.

—Bueno, ¿qué crees ahora?

—¡Creo que importa muy poco si estás comprometida o no!

Sintió los bonitos ojos de la joven fijos en él a través de la densa oscuridad del arco; aparentemente iba a responder. Pero Giovanelli la apresuró.

—¡Rápido! ¡Rápido! —dijo—; si llegamos antes de medianoche estamos completamente a salvo.

Daisy tomó asiento en el carruaje, y el afortunado italiano se colocó a su lado.

—¡No olvide las píldoras de Eugenio! —dijo Winterbourne, mientras se quitaba el sombrero.

—No me importa —dijo Daisy, en un tono un tanto extraño—, ¿tener fiebre romana o no! —Ante esto, el cochero hizo restallar su látigo, y rodaron sobre los irregulares trechos del antiguo pavimento.

Winterbourne, para hacerle justicia, por así decirlo, no mencionó a nadie que se había encontrado con la señorita Miller, a medianoche, en el Coliseo con un caballero; pero, no obstante, un par de días después, el hecho de que ella hubiera estado allí en esas circunstancias era conocido por todos los miembros del pequeño círculo americano, y comentado en consecuencia. Winterbourne reflexionó que, por supuesto, lo habían sabido en el hotel, y que, después del regreso de Daisy, había habido un intercambio de comentarios entre el portero y el cochero. Pero el joven era consciente, en el mismo momento, de que había dejado de ser para él un asunto de grave pesar que la pequeña coqueta americana fuera «comentada» por criados de baja estofa. Esta gente, uno o dos días después, tenía información seria que dar: la pequeña coqueta americana estaba alarmantemente enferma. Winterbourne, cuando le llegó el rumor, fue inmediatamente al hotel en busca de más noticias. Encontró que dos o tres amigos caritativos lo habían precedido, y que estaban siendo entretenidos en el salón de la señora Miller por Randolph.

—Es por andar de noche —dijo Randolph—, eso es lo que la enfermó. Siempre anda de noche. Yo no creería que quisiera, está tan endemoniadamente oscuro. Aquí no se ve nada de noche, excepto cuando hay luna. ¡En América siempre hay luna! —La señora Miller estaba invisible; ahora, al menos, le ofrecía a su hija la ventaja de su compañía. Era evidente que Daisy estaba peligrosamente enferma.

Winterbourne iba a menudo a preguntar por ella, y una vez vio a la señora Miller, quien, aunque profundamente alarmada, estaba, para su sorpresa, perfectamente serena y, según parecía, una enfermera muy eficiente y juiciosa. Habló mucho sobre el Dr. Davis, pero Winterbourne le hizo el cumplido de decirse a sí mismo que, después de todo, no era una gansa tan monumental.

—Daisy habló de ti el otro día —le dijo—. La mitad del tiempo no sabe lo que dice, but that time I think she did. She gave me a message, she told me to tell you. She told me to tell you that she never was engaged to that handsome Italian. I am sure I am very glad; Mr. Giovanelli hasn't been near us since she was taken ill. I thought he was so much of a gentleman; but I don't call that very polite! A lady told me that he was afraid I was angry with him for taking Daisy round at night. Well, so I am; but I suppose he knows I'm a lady. I would scorn to scold him. Anyway, she says she's not engaged. I don't know why she wanted you to know; but she said to me three times, 'Mind you tell Mr. Winterbourne.' And then she told me to ask if you remembered the time you went to that castle in Switzerland. But I said I wouldn't give any such messages as that. Only, if she is not engaged, I'm sure I'm glad to know it.

Pero, como había dicho Winterbourne, importaba muy poco. Una semana después de esto, la pobre muchacha murió; había sido un caso terrible de fiebre. La tumba de Daisy estaba en el pequeño cementerio protestante, en un ángulo de la muralla de la Roma imperial, bajo los cipreses y las tupidas flores primaverales. Winterbourne estaba allí junto a ella, con otros dolientes; un número mayor del que el escándalo suscitado por la carrera de la joven habría hecho esperar. Cerca de él estaba Giovanelli, que se acercó aún más antes de que Winterbourne se diera la vuelta. Giovanelli estaba muy pálido: en esta ocasión no llevaba flor en el ojal; parecía desear decir algo. Finalmente dijo:

—Era la joven más hermosa que he visto nunca, y la más amable —y luego añadió al momento—: y era la más inocente.

Winterbourne lo miró, y al poco repitió sus palabras:

—¿Y la más inocente?

—¡La más inocente!

Winterbourne se sintió dolido y enfadado.

—¿Por qué demonios —preguntó— la llevaste a ese lugar fatal?

La urbanidad del señor Giovanelli era aparentemente imperturbable. Miró al suelo un momento, y luego dijo:

—Por mí mismo² no tenía miedo; y ella quería ir.

—¡Esa no era razón! —declaró Winterbourne.

El sutil romano volvió a bajar la mirada.

—Si hubiera vivido, no habría conseguido nada. Nunca se habría casado conmigo, estoy seguro.

—¿Nunca se habría casado contigo?

—Por un momento lo esperé. Pero no. Estoy seguro.

Winterbourne lo escuchó: se quedó mirando la cruda protuberancia entre las margaritas de abril. Cuando se dio la vuelta de nuevo, el señor Giovanelli, con su paso ligero y lento, se había retirado.

Winterbourne abandonó Roma casi inmediatamente; pero el verano siguiente volvió a encontrarse con su tía, la señora Costello, en Vevay. A la señora Costello le gustaba Vevay. En el intervalo, Winterbourne había pensado a menudo en Daisy Miller y sus desconcertantes modales. Un día le habló de ella a su tía; dijo que pesaba sobre su conciencia haberle hecho una injusticia.

—Estoy segura de que no lo sé —dijo la señora Costello—. ¿Cómo le afectó tu injusticia?

—Me envió un mensaje antes de morir que no entendí en su momento; pero lo he entendido desde entonces. Habría apreciado la estima de uno.

—¿Es esa una forma modesta —preguntó la señora Costello— de decir que habría correspondido al afecto de uno?

Winterbourne no ofreció respuesta a esta pregunta; pero al poco dijo:

—Tenías razón en esa observación que hiciste el verano pasado. Estaba destinado a cometer un error. He vivido demasiado tiempo en el extranjero.

No obstante, regresó a vivir a Ginebra, de donde siguen llegando los más contradictorios informes sobre los motivos de su estancia: un rumor de que está «estudiando» mucho; una insinuación de que está muy interesado en una dama extranjera muy inteligente.

FIN.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB